



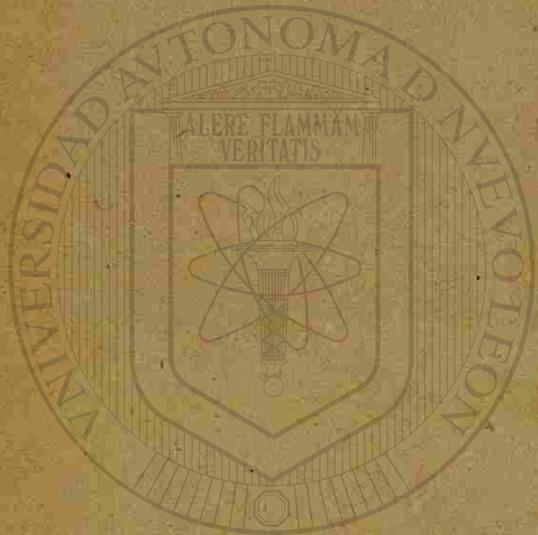
DAUDET

LA BELLE
NIVERNESE

PQ2216
.B4
S6



1020026208

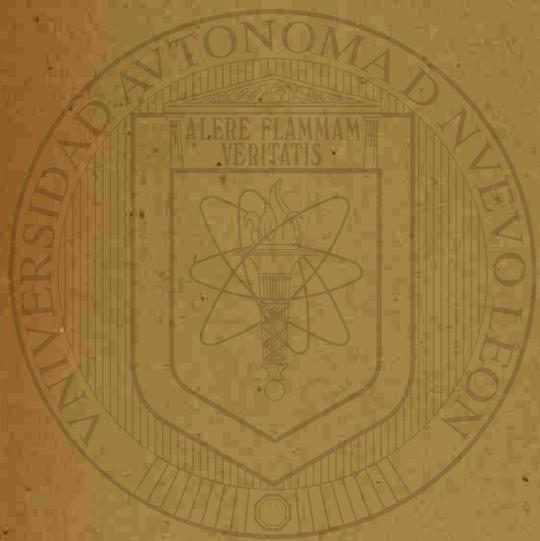


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



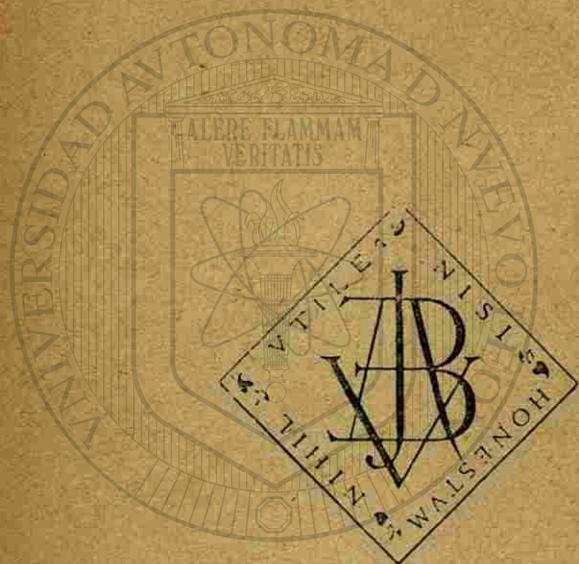
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La Bella Nivernesa.

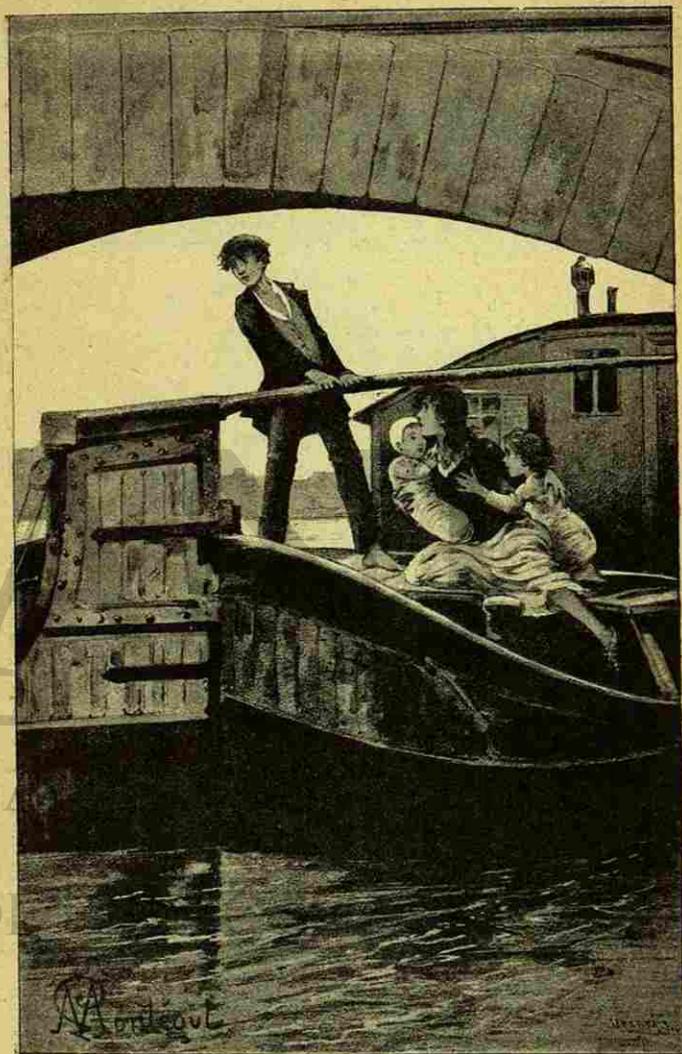
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVOS LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

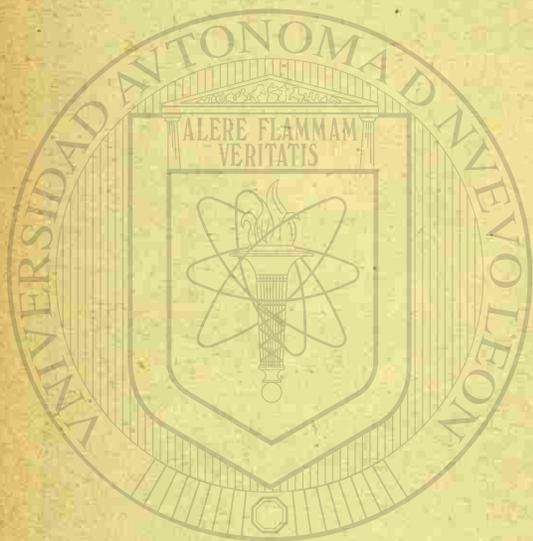
Núm. Clas. ^N
Núm. Autor ^D 238 h
Núm. Adg. 29893
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCION GENERAL DE





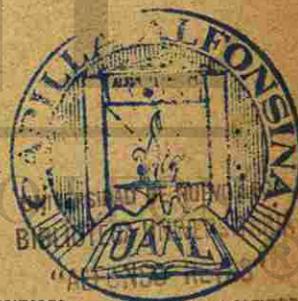
COLECCIÓN JUBERA

ALFONSO DAUDET

LA BELLA NIVERNESA

HISTORIA DE UN BARCO VIEJO Y SU TRIPULACIÓN

TRADUCCIÓN DE VICENTE COLORADO



MADRID

SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES
10, Campomanes, 10.

1625 MONTERREY, MEXICO

1890

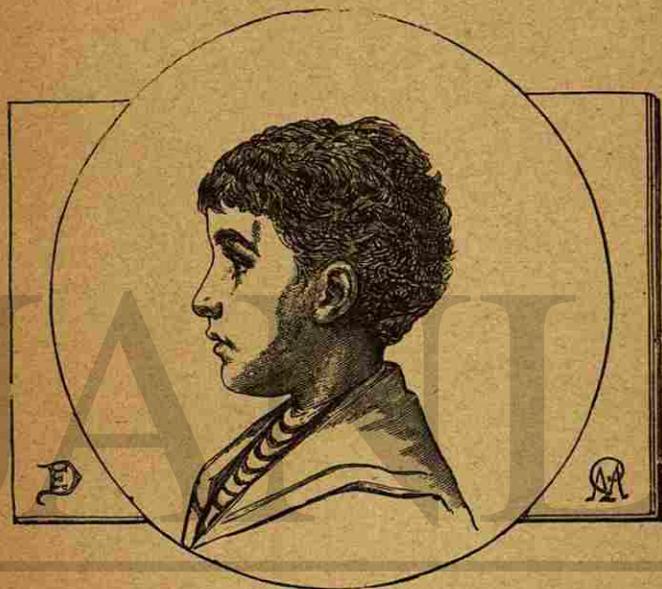
85694

29893

843
9.

PQ 22 16

B4
S6



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN A. D.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

E. RUBIÑOS. IMPRESOR

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO



CAPÍTULO PRIMERO

Una corazonada.

Calle de los Enfants-Rouges, en el barrio del Temple.

Una calle estrecha como una alcantarilla, con arroyos estancados, charcos

negros de lodo, fuertes olores á mohó y al agua sucia que sale de los patios vecinos.

A cada lado, casas muy altas, con ventanas de cuartel; los vidrios empañados y sin cortinas; habitaciones de trabajadores, hospedajes de obreros, posadas de albañiles y cuartos para dormir.

En los pisos bajos, tiendas.

Muchas salchicherías, tabernas, vendedores de castañas, ultramarinos, tahonas de pan de munición y una carnicería con carnes violadas y amarillas.

Nada de atractivos: en la calle, ni un coche; ni un paseante en las aceras; pero en cambio, muchos revendedores de verduras gritando los desperdicios de los mercados, y un tropel de obreros saliendo de las fábricas con las blusas arrolladas bajo el brazo.

Es el ocho del mes, día en que los pobres pagan sus alquileres, ó en que los propietarios, sin más contemplaciones, les plantan con su miseria de patitas en la calle.

Es el día en que se ven pasar muchos carrillos de mano, con camas de hierro

cojas, mesas perniquebradas, unas y otras con las patas al aire y amontonadas entre colchones despanzurrados y trastos de cocina.



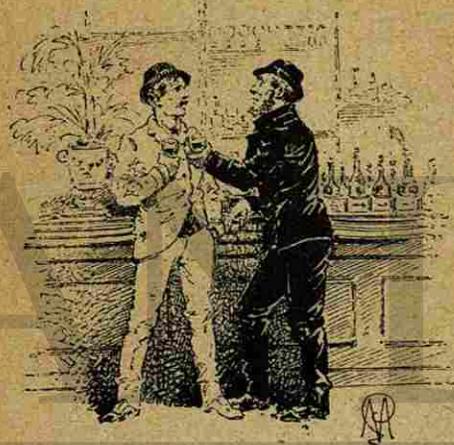
¡Ni un puñado de paja para embalar esos míseros muebles, estropeados, doloridos, cansados de bajar las grasientas escaleras y de rodar de las buhardillas á los sótanos y de los sótanos á las buhardillas!

La noche cae.
Uno á uno, los mecheros de gas se encienden y reflejan su luz en los arroyos y en los escaparates de las tiendas.



La niebla es fría.
Los transeuntes apresuran el paso.
Junto al mostrador de una tienda de vinos, en una buena sala bien caliente, el padre Louveau empuja el codo con un carpintero de La Villette.

Su enorme cara de honrado marinero, coloradota y plebeya, se ensancha en una larga risa que hace bailar los pendientes de sus orejas.



—Negocio hecho, padre Dubac; me compráis el cargamento de madera en el precio que he dicho.
—Conformes.
—¡A vuestra salud!
—¡A la vuestra!

Chocan los vasos, y el padre Louveau bebe, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos medio cerrados y chasqueando la lengua para gustar mejor su vino blanco.

¡Qué queréis! Nadie es perfecto, y el vino blanco es la debilidad del padre Louveau.

No es que él sea un borracho; ¡nada de eso! *La parienta*, que es "una mujer de seso," no toleraría semejante desorden; pero cuando se vive como el marinero, con los pies en el agua y la cabeza al sol, es preciso apurar una copa de cuando en cuando.

El padre Louveau, cada vez más alegre, sonríe junto al mostrador de cinc, que ve como al través de una niebla, haciéndole soñar en la pila de relucientes escudos que se embolsará al otro día al entregar su cargamento de madera.

Otro último apretón de manos, otra última copa, y se separan.

—¿Hasta mañana sin falta?

—Contad conmigo.

Seguramente que el padre Louveau no

faltarán a la cita; la venta ha sido buena y redonda para que él se retrase.

El feliz marinero se encamina hacia el Sena, contoneándose, cantando, atropellando a la gente con la desbordante ale-



gría del colegial que lleva una buena calificación en el bolsillo.

¿Qué dirá la madre Louveau, «la mujer de seso,» cuando sepa que su hombre ha vendido la madera al primer golpe y que ha hecho un soberbio negocio?

Una ó dos ventas más como la que aca-

ba de cerrar el trato, y ya puede comprar un barco nuevo que reemplace á *La Bella Nivernesá*, la cual principia á hacer agua.

No es esto un reproche, no; porque *La Bella Nivernesá* fué un arrogante barco en su juventud; pero ahora... ¡ahí le tenéis!... todo podrido, todo viejo.

El mismo padre Louveau comprende que no es tan ligero como en la época en que él era "grumetillo", en las almadías del Marne.

—Pero... ¿qué pasa allá abajo?

Las comadres se agolpan ante una puerta, se detienen y charlan, en tanto que un guardia de Orden público, de pie en medio del grupo, escribe en su cartera.

El marinero atraviesa la calzada por curiosidad, por imitar lo que hace todo el mundo.

—¿Qué hay?

Algún perro aplastado; algún coche que volcó; un borracho tendido en la mitad del arroyo; nada importante de fijo.

¡No! Es un niño sentado en una silla de

madera, con los cabellos desgrefiados, las mejillas llenas de melote, frotándose los ojos con los puños.



Llora.

Las lágrimas que vierte han trazado caprichosos arabescos sobre su pobre carita, mal lavada.

Imperturbable y digno, como si inte-

rrogara á un criminal, el agente pregunta al monicaco y toma sus notas.

—¿Cómo te llamas?



—Vito.

—¿Victor qué?

Ninguna respuesta.

El cominillo llora más fuerte, y grita:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Entonces una mujer que por allí pasaba, una mujer del pueblo, muy fea, muy sucia, arrastrando consigo á dos mucha-



chachos, sale de entre el grupo y dice al guardia:

—Dejadme á mí entendérmelas con él.

La mujer se arrodilla, quita los mocos al pequeñuelo, seca sus ojos y besa sus mejillas pringosas.

—¿Cómo se llama tu mamá, querido?

No lo sabe.

El guardia se dirige entonces á los vecinos.

—Vamos, vos, el portero, debe de conocer á esas gentes.

Nunca había sabido su nombre.

¡Pasan tantos inquilinos por la casa!

Todo lo que él podía decir es que habían vivido allí cosa de un mes, que jamás habían pagado un céntimo, que el casero acababa de echarles, y que eran unos famosos sinvergüenzas.

—¿En qué se ocupaban?

—En nada absolutamente.

El padre y la madre pasaban el día bebiendo y la noche pegándose.

Sólo estaban de acuerdo en zurrar la badana á sus hijos, dos muchachos que mendigaban en las calles y robaban las mercancías puestas de muestra en los comercios.

Una linda familia, como véis.

—¿Creeis que vendrán á buscar á su hijo?

—Seguramente que no.

Habian aprovechado la mudanza para deshacerse de él.

No era la vez primera que ocurrían



estas cosas al llegar los días del vencimiento de alquileres.

Entonces el agente preguntó:

—¿Nadie, pues, ha visto marchar á sus padres?

—Partieron poco después de las doce, no habían dado las doce y media todavía; el marido tirando de un carrito, la mujer con un paquete en su delantal, y los dos muchachos con las manos en los bolsillos.

¡Y ahora, atrápales!

Los transeuntes vociferaban indignados; después proseguían su camino.

¡Desgraciado pituso!

¡Estaba allí desde el medio día!

Su madre le había sentado en una silla, diciéndole:

—Sé bueno.

Luego la esperó.

Como gritaba de hambre, la frutera de enfrente le dió una tarta de dulce.

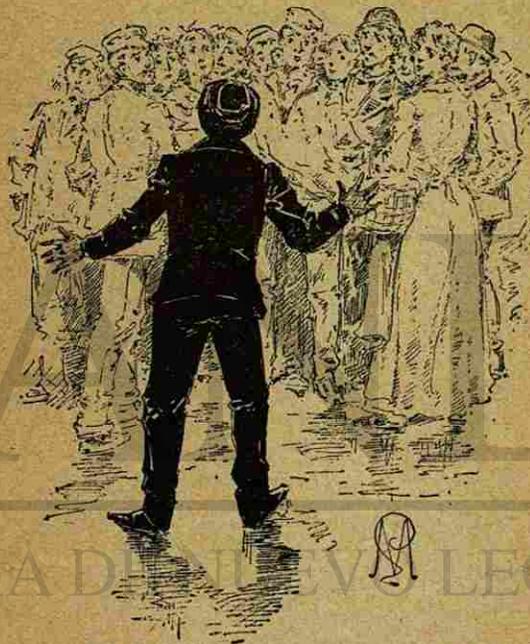
Pero la tarta se acabó en un decir Jesús, y el monicaco rompió á llorar.

¡La pobre criatura se moría de miedo!

Miedo de los perros que andaban á su alrededor; miedo de la noche que se venía encima; miedo de los desconocidos que le hablaban...

Su corazoncito latía apresuradamente en el pecho, como el de un pájaro que va á morir.

En torno suyo aumentaba la multitud, y el agente, aburrido, le cogió de la ma-



no para conducirlo á la Inspección de policía.

—Veamos: ¿nadie le reclama?

—¡Un instantel

Todos se volvieron y contemplaron un grande y bondadoso rostro, coloradote, que sonreía bestialmente hasta las orejas, adornadas con anillos de cobre.

—¡Un instantel Si nadie le quiere, yo le tomo, yo.

La muchedumbre prorrumpió en exclamaciones.

—Sea enhorabuena.

—Eso que hacéis está bien hecho.

—Sois un hombre honrado.

El padre Louveau, muy excitado por el vino blanco, por el éxito de la venta y por la aprobación general que provocaba, se cruzó de brazos en medio del corro, y exclamó:

—¡Y bien! ¿Qué? Todo esto es muy sencillo: no vale la pena.

Los curiosos le siguieron hasta casa del Comisario de policía, sin dejarle enfriar su entusiasmo.

Allí, según se acostumbraba en tales casos, se le hizo sufrir un interrogatorio.

—¿Vuestro nombre?

—Francisco Louveau, Sr. Comisario; de estado casado, y me atrevo á añ-

dir que bien casado, con "una mujer de mucho seso."

„Y es una gran fortuna para mí, señor Comisario; porque yo no soy muy fuerte... no soy muy fuerte en... ¡hem, hem! ya lo estáis viendo; en fin, que no soy un águila. *Francisco no es un águila*, como dice mi mujer.»

Jamás había estado tan elocuente.

Tenía la lengua suelta y la satisfacción del hombre que viene de hacer una buena venta y de apurar una botella de vino blanco.

—¿Vuestra profesión?

—Marinero, Sr. Comisario; patrón de *La Bella Nivernesa*; un barco duro, montado con una tripulación algo engañosa.

„¡Ah, ah! ¡Famosa tripulación la mía!

„Preguntad, antes de nada, á los excluseros del otro lado del puente de Marie hasta Clamecy... ¿Conocéis á Clamecy, Sr. Comisario?»

Las gentes sonreían en torno suyo; el padre Louveau continuó mascullando, tragándose las silabas.

—Clamecy es un bonito paraje; id, se-

nor Comisario. Está poblado por todas partes; con hermosos bosques de excelente madera laborable; todos los carpinteros saben esto. Allí compro yo mis cortas. ¡Hem, hem! Yo soy célebre por mis cortas. ¡Tengo un ojo, que ya!... No es que yo sea fuerte de... Seguramente no soy un águila, como dice mi mujer, pero, en fin, ¡tengo un golpe de vista!...

«Por ejemplo, yo tomo un árbol tan grueso como vos... salvo vuestro respeto, Sr. Comisario; le rodeo con una cuerda de este modo...»

Había echado mano al agente, á quien le arrollaba con un bramante que acababa de sacar de su bolsillo.

El guardia se resistía.

—Dejadme en paz.

—«¡Pero si... pero si es para hacer ver al Sr. Comisario!... Como iba diciendo, rodeo al árbol de este modo, y después, cuando tengo la medida, multiplico... multiplico... ¡No me puedo acordar por qué multiplico! ¡Si estuviera aquí mi mujer!... Ella es la que entiende de cálculos. ¡Ah! Mi mujer es una gran cabeza.»

La gente que estaba en el pasillo se

reía á mandíbula batiente, y el mismo Sr. Comisario se dignaba sonreír detrás de su mesa de escritorio.

Quando se hubo calmado un poco la



bulliciosa alegría, el Comisario preguntó:

—¿Qué haréis de este niño?

—Seguramente que no haré de él un rentista; jamás ha habido rentistas en mi familia; pero será marinero; un bravo

muchacho; marinero como los otros.

—¿Tenéis hijos?

—¡Que si tengol... Una que anda, otro que mama y otro que está en camino. Me parece que es bastante para un hombre que no es un águila! Ahora, con éste, serán cuatro; pero ¡bah! cuando hay para tres, hay para cuatro; todo es comer algo menos; se arrima el hombro y se procura vender la madera un poco más cara.

Los pendientes de sus orejas baillaban sacudidos por una carga de risa interminable, en tanto que paseaba una mirada de satisfacción sobre todos los concurrentes.

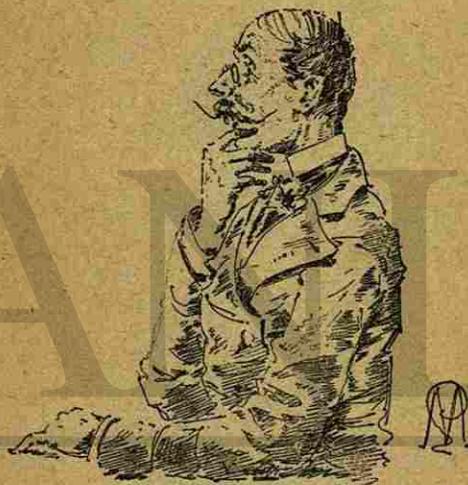
Pusieron ante él un voluminoso libro.

Como no sabía escribir, hizo una cruz al final de la página.

Después el Comisario dijo, entregándole el niño:

—Lleváos el muchacho, Francisco Louveau, y educadle bien. Si yo adquiere alguna noticia acerca de su familia, os la comunicaré en seguida; prometo teneros al corriente en este asunto, aunque no creo probable que sus parientes le reclamen jamás. En cuanto á vos, tenéis el

aire de un hombre honrado y me inspiráis completa confianza. Seguid siempre los consejos de vuestra mujer, Louveau, y hasta la vista. ¡Ah! No bebáis mucho vino blanco.



La noche oscura, la niebla fría, la multitud indiferente de transeuntes que se apresuran á volver á sus casas, todo esto basta para despejar la cabeza de un pobre hombre.

Apenas en la calle, solo, con un papel

timbrado en el bolsillo y con su protegido de la mano, el marinero sintió caer de golpe su entusiasmo.



Entonces la enormidad de su acción apareció clara y distinta ante sus ojos.
 ¿Sería, pues, siempre el mismo?
 ¿Un bobalicón? ¿Un jactancioso?
 ¿Nunca había de seguir su camino co-

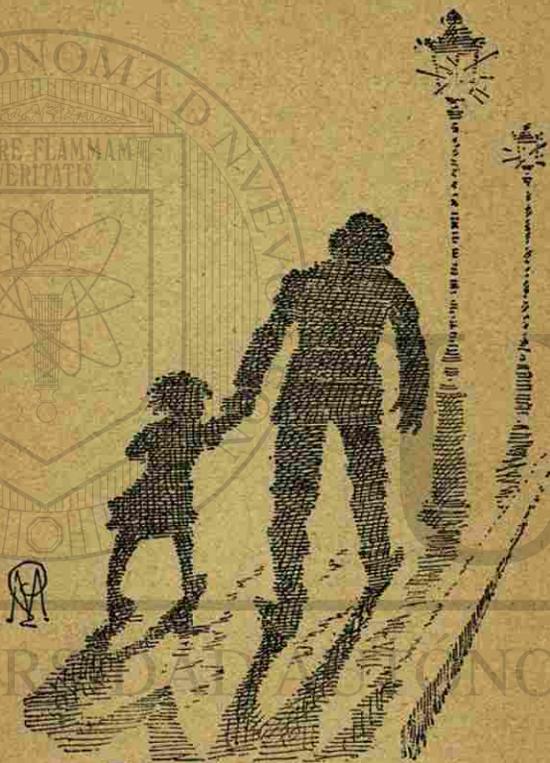
mo los demás, sin meterse en lo que no le importaba?

¡Ahora veía la cólera de la madre Louveau!



¡Qué acogida le esperaba, Dios mío, qué acogida!

¡Es terrible «una mujer de seso» para un pobre hombre que tiene el corazón en la mano!



No; él no se atrevería nunca á entrar en su casa.

Pero tampoco se atrevía á volver á la del Comisario.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Seguía caminando entre la niebla.

Louveau gesticulaba, hablaba solo; iba preparando su discurso.



Víctor arrastraba sus zapatos por el lodo, dejándose llevar, como si fuese una bala de cañón.

No podía más.

Entonces el padre Louveau se detuvo, le cogió en brazos y le envolvió en su blusa.

El estrecho apretón de los bracitos del
niño le dió un poco de ánimo.

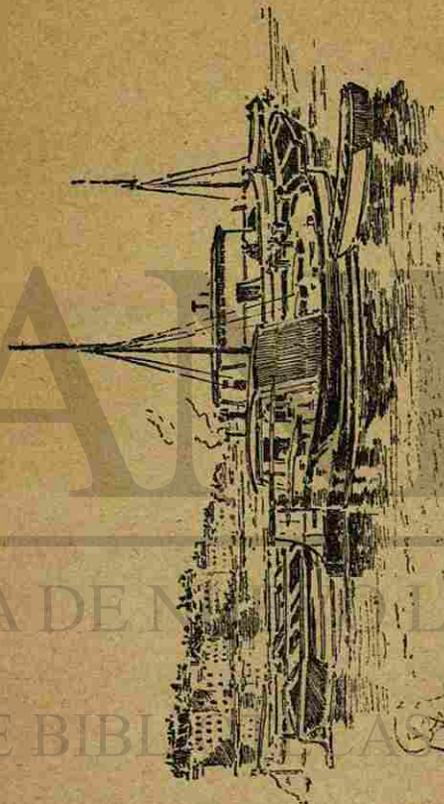
Volvió á emprender su camino.

¡Tanto peor á fe mía! Sucudiese lo que



quisiera, estaba dispuesto á afrontar
aquel peligro.

Si la madre Louveau les ponía á la
puerta de la calle, aún habría tiempo
de volver á llevar el muñeco á la Comi-
saría.



Pero pudiera ocurrir que le recogiese por lo menos una noche; y, en tal caso, siempre saldría ganando el chico una buena cena.

Llegaron al puente de Austerlitz, donde *La Bella Nivernesa* estaba amarrada.

El olor, á la vez áspero y suave, de los cargamentos de madera fresca, llenaba la noche.

Toda una flotilla de barcos bullía en la sombra del río.

Un movimiento de ola hacía oscilar los farolillos y rechinar las cadenas entrecruzadas.

Para llegar á su barco, el padre Louveau tenía que atravesar otros dos inmediatos, unidos por puentes estrechos.

Avanzaba á pasos tímidos, las piernas vacilantes y embarazado por el niño, que le oprimía el cuello.

¡Qué negra era la noche!

Sólo una luz hendía la vidriera del camarote, y un surco luminoso, que se filtraba bajo la puerta, animaba el sueño de *La Bella Nivernesa*.

Se oía la voz de la madre Louveau que gruñía á los niños, vigilando su cocina.

—¿Quieres acabar, Clara?

Ya era tarde para retroceder.

El marinero atravesó la puerta.



La madre Louveau se hallaba de espaldas, inclinada sobre la sartén; pero había reconocido los pasos de su hombre, y dijo, sin interrumpir su tarea:

—¿Eres tú, Francisco? ¿Cómo has tardado tanto?

Las patatas que estaba friendo saltaban en el aceite con grande estrépito, y el vapor que se escapaba de la marmita empañaba los vidrios del camarote.



Francisco había colocado al rapaz en el suelo, y el pobre chiquitín, sorprendido por la agradable temperatura de la habitación, sentía con gran placer desentumecerse sus manitas, rojas por el frío.

De pronto sus labios se entreabrieron

en una dulce sonrisa, y dice con voz un tanto aflautada:

—Hace calor.

La madre Louveau se volvió de repente y, señalando á su hombre aquel chico desarrapado que se hallaba de pie en



medio del cuarto, gritó con tono iracundo:

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso que está ahí?

No; estas terribles escenas no faltan ni entre las mejores familias.

—¡Una sorpresa!... ¡Eh, eh!... ¡Una sorpresa!

El marinero reía, abriendo la boca

hasta las orejas, como si tuviese una gran gran presencia de ánimo; pero en realidad hubiera querido hallarse en mitad de la calle todavía.

Y como su mujer, aguardando una explicación, le mirase con aire furibundo, tartamudeó de prisa y corriendo aquella historia, con los ojos llorosos y saltones del perro al que amenaza un tremendo castigo.

“Sus parientes, sus padres le habían abandonado; le encontró llorando en la acera de la calle.

„Alguien preguntó:

—„¿Quién le quiere?

„Y él contestó en el acto:

—„Yo.

„Luego el Comisario le dijo:

—„Llévósle..

Y Louveau, volviendo la cabeza, exclamó:

—¿No es verdad, pequeño?

Entonces la madre Louveau prorrumpió á su vez:

—„¿Estás loco? ¡Por fuerza has bebido!

„¿Se habrán dicho jamás tantas patochadas juntas?

“¿Quieres hacernos, pues, morir en la miseria?

„¿Crees que somos ricos?

„¿Que tenemos mucho pan que comer?

¿Y camas en que acostarnos?..



Francisco contemplaba sus botas sin responder palabra.

—“Pero, desgraciado, ¡mira por tí! ¡Mira por nosotros!

„Tu barco tiene más agujeros que mi espumadera.

„¡Sólo nos faltaba que te dedicases á recoger los chicos que dejan otros en mitad del arroyo!»

¡Ah! El pobre hombre se había dicho ya todo esto.

Ne se atrevía á protestar.

Bajaba la cabeza, como un condenado que oye leer su sentencia.

—“Me vas á hacer el favor de volverte á llevar ahora mismo al muchacho al Comisario de policía.

„Si te hace algún cargo para que le vuelvas á traer, le dices que tu mujer no quiere.

„¿Has comprendido?»

Se dirigía á él con la sartén en la mano, amenazándole con el gesto, con la acción y con el tono.

El marinero prometió todo lo que ella quiso.

—“Vamos, no te enfades.

“Cref haber obrado bien.

„Me he equivocado.

„¡Se acabó!

„¿Es necesario que le lleve enseguida?»

La sumisión del buen hombre ablandó á la madre Louveau.

¡Acaso cruzó por su imaginación la idea de que pudiera verse uno de sus hijos perdido y solo en la noche, tendiendo la mano á los transeúntes!

Volvióse para colocar su sartén al fuego, y dijo en tono gruñón:



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—“Esta noche ya no es posible; la oficina estará cerrada.

„Y una vez que le has traído, tampoco sería justo echarle á la calle.

„Por esta noche, que se quede; pero mañana á primera hora...”

La madre Louveau estaba tan furiosa,

29893

que atizaba la lumbre con todas sus fuerzas.

—Pero mañana, á primera hora, yo te juro que me desembarazarás de él.



Hubo un silencio.

La mujer puso el mantel bruscamente, haciendo chocar los vasos, tirando los tenedores.

Clara, asustada, se mantenía quieta en un rincón.

El niño de pecho gruñía en la cama y el recién llegado contemplaba con admiración arder y rugir las brasas.



¡Es muy posible que no hubiese visto fuego en toda su vida!

Tuvo otra grande alegría cuando se vió sentado á la mesa, con una serville-

ta al cuello y un montón de patatas en un plato.

Engullía como un gorrión las migajas de pan en un día de nieve.

La madre Louveau, aunque le servía



con no muy buenos modos, estaba en el fondo un poco conmovida ante aquel apetito de niño hambriento.

Clara, muy satisfecha, le acariciaba con su cuchara.

Louveau, consternado, no se atrevía a levantar los ojos.

Después de quitar la mesa y de acostar á sus hijos, la madre Louveau se sentó cerca del fuego, con Víctor entre sus rodillas, para arreglarle un poco.

—“No se le puede acostar así, tan sucio como está.

“Apostaría á que nunca ha visto la esponja ni el peine.”

El niño danzaba como una peonza entre sus manos.

Ciertamente que, una vez lavado y compuesto, no tendría la cara tan fea aquel pobre tragón, con su nariz rosada de perro faldero y sus manos redondas como manzanas.

La madre Louveau consideraba su obra con un marcado tinte de satisfacción.

—¿Cuántos años podrá tener?

Francisco cogió su pipa, feliz de tomar parte en tal escena.

Era la primera vez que se le hablaba de aquel modo durante la noche y, después de lo ocurrido, aquella pregunta parecía un principio de reconciliación.

Se levantó y tiró de los bramantes que llevaba en el bolsillo.

—Cuantos años, ¿eh?... Pues te lo voy á decir ahora mismo.

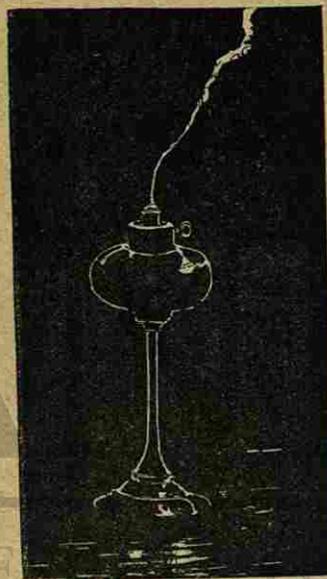
Puso en pie al muchacho, con los brazos tendidos y pegados al cuerpo, y le



arrolló con sus cuerdas de arriba abajo, de la misma suerte que acostumbraba á hacer con los árboles de Clamecy.

La madre Louveau le miraba estupefacta.

—¿Pero qué estás haciendo?
—¡Tomo mis medidas, canario!



Ella le arrancó las cuerdas de la mano y las arrojó á un extremo de la habitación.

—“¡Déjanos en paz! ¡Te vuelves muy bestia con tus manías!

“Un niño no es un árbol.”

Decididamente tenía mala sombra aquella noche el infeliz Francisco.

Entonces él se batió en retirada, todo corrido y avergonzado

Mientras, la madre Louveau desnudó y acostó al niño en la cuna de Clara.

La muchacha dormitaba con los puños fuertemente apretados y ocupando ella sola todo el lecho.

Sintió vagamente que por uno de sus costados se deslizaba alguna cosa; extendió los brazos, rechazó á su vecino hasta reducirle al rincón más apartado y estrecho, le metió los codos por los ojos, dió una vuelta y se quedó dormida.

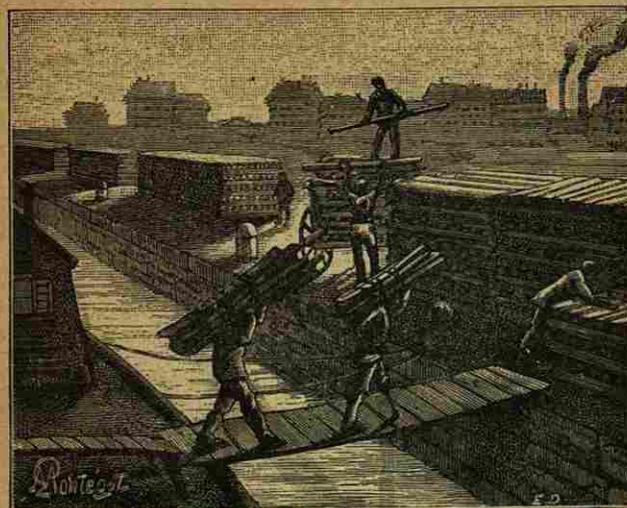
Entretanto alguien había apagado la lámpara.

El Sena, que se encabritaba alrededor del barco, mecía blandamente aquella casa de tablas.

El niño abandonado sintió que poco á poco le invadía un dulce calor, y se durmió con la sensación desconocida de

algo como una mano cariñosa que acariciaba su cabeza cuando sus ojos se cerraban.





CAPITULO II

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ALÍES"
Fondo 1625 MONTERREY, MEXICO

La Bella Nivernesa.

La señorita Clara se despertaba siempre temprano, y en esta mañana se sorprendió grandemente de no ver a su madre en la alcoba y de encontrarse de ma-



nos á boca con otra cabeza á su lado y sobre la misma almohada.

¡Cómo! ¿Es posible?

Después de restregarse los ojos con los puños, cogió á su compañero de cama



por los pelos, y tiró de ellos con fuerza.

El pobre *Vito* se despertó en medio de los más atroces suplicios, atormentado por unos dedos malignos que le cosquilleaban el cuello y le tiraban de las narices.

Abrió los ojos y dirigió sus miradas en torno suyo, admirándose cada vez más de que aquella pesadilla durase todavía.

Encima de ellos se oyó el crujir de muchos pasos.

Estaban desembarcando el cargamen-



to de madera en el muelle, y producían un ruido sordo y prolongado.

Á la señorita Clara la preocupó, al parecer, profundamente aquello.

De pronto, levantó uno de sus deditos al aire y señaló el techo á su amiguito, haciendo una graciosa mueca que quería decir:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1040. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso que pasa ahí?

Era que principiaba la entrega de la madera.

Dubac, el carpintero de la Villette, había llegado á las seis de la mañana



con su caballo y su carreta, y el padre Louveau puso manos á la obra con una actividad que no era en él muy frecuente.

El honrado marino no había cerrado los ojos en toda la noche, pensando que tendría que llevar al Comisario ese niño infeliz, con tanto frío y tanta hambre.

Pensaba que, al despertar, se reproduciría la escena de la noche anterior; pero la madre Louveau debía de tener otras ideas en la cabeza, pues no le habló ni palabra de Víctor.



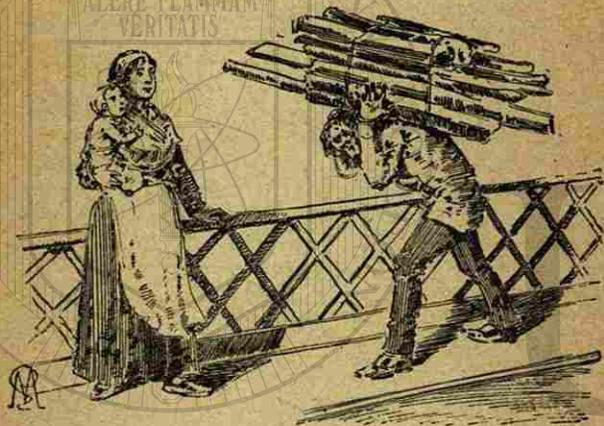
Francisco creía ganar mucho retardando la hora de las explicaciones.

Abrigaba la esperanza de hacerse olvidar escapando á las miradas de su mujer y trabajando como un negro, temeroso de que la madre Louveau, viéndole cruzado de brazos, le gritara:

—Oye, tú; puesto que no haces nada, te

puedes llevar al chico adonde te lo entregaron.

Así es que trabajaba desesperadamente.



El montón de maderas disminuía á ojos vistos.

Dubac había ya hecho tres viajes; y la madre Louveau, de pie sobre el puente, con el niño de pecho en los brazos, apenas si tenía tiempo bastante para contar al paso la entrega del material.

En su buen deseo, Francisco escogía maderos largos como mástiles y macizos como muros.

Cuando la viga era excesivamente pe-



sada, llamaba á Tripulación para que le ayudase á cargar.

Tripulación era un marinero que tenía una pierna de palo, y el cual componía, él solo, todo el personal de *La Bella Nivernesa*.

Le habían recogido por caridad y le conservaban por costumbre.

El inválido, apuntalándose sobre su quilla, levantaba la viga con grandes es-



fuerzos, y Louveau, plegándose bajo el peso y con la cintura doblada por los riñones, atravesaba lentamente el puente de tablas.

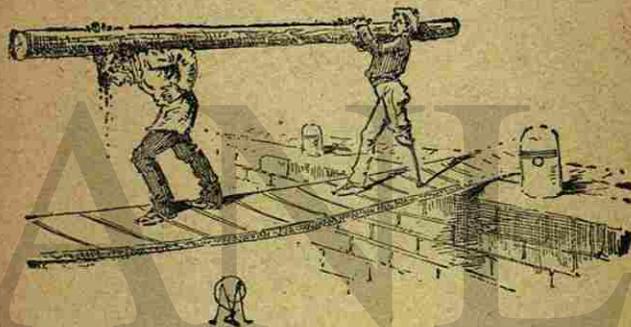
¿Hay medio de distraer á un hombre tan ocupado?

Pero la madre Louveau no pensaba en tal cosa.

Iba y venía sobre el puente, absorta en Milín, que mamaba.

¡Siempre hambriento este Milín!

Como su padre.



¡Hambriento Louveau!...

Lo que es hoy, seguramente que no.

Desde por la mañana que está trabajando, todavía no se ha dado el caso de echar un trago; no ha tenido tiempo siquiera de respirar, de secarse el sudor de la frente ni de trincar una copa en el ángulo del mostrador de una taberna.

Más aún; hace un instante, cuando Dubac le propuso ir á beber una copa, Francisco contestó heroicamente:

—Más tarde; tenemos tiempo de sobra.

¡Rehusar una copa!

Su mujer no acababa de creerlo.

¡Si le habrían cambiado á su Louveau!



También deben haberla cambiado su Clara, pues he aquí que han dado ya las once, y la pequeña, que nunca quiere estar en la cama, no da cuenta de su persona todavía.

La madre Loveau bajó cuatro á cuatro las escaleras y se dirigió al camarote para ver qué es lo que pasaba.

Francisco se quedó sobre el puente

con los brazos caídos, sofocado y jadeante, como si acabara de recibir el golpe de una viga en la mitad del estómago.

¡Esta vez sí que no marra!

¡Se armó la gorda!

Su mujer se ha acordado de Víctor, le va á subir con ella y no habrá otro remedio que ponerse en marcha hacia la oficina del Comisario...

Pero no.

La madre Louveau reapareció completamente sola, riendo, llamándole y haciéndole señas.

—Ven y verás: ¡es muy gracioso!

El buen hombre no comprendió nada de esta alegría súbita, y la siguió como un autómatas, con las piernas rígidas de emoción.

Los dos pequeñuelos estaban sentados sobre el borde de la cama, en camisa y con los pies desnudos.

Se habían apoderado de un tazón de sopas, que la madre, al levantarse, dejó, como de costumbre, al alcance de los bracitos de la pequeña.

No había más que una cuchara para aquellas dos bocas; se atragantaban sin dar

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALF REYES"
40-1625 MONTERREY, MEXICO

se punto de reposo, como dos pájaros en el nido; y Clara, haciendo mil monerías para comer la sopa, alargaba su pico hacia la cuchara, riéndose alegremente.

Tenían pedacitos de pan pegados en los ojos y en las orejas; pero no habían



roto nada, nada habían dejado caer, y los dos *bebés* se divertían con tantas ganas que, viéndoles, no había medio de estar enfadado.

La madre Louveau no cesaba de reír.

—Puesto que los dos se entienden á las mil maravillas, no tenemos necesidad de ocuparnos de ellos.

Francisco se volvió en seguida á su

faena, encantado del giro que tomaban las cosas.

De ordinario, cuando entregaba su cargamento de madera, descansaba durante el día, recorriendo todos los fogones de los marineros, desde el Point-Dujour al malecón de Bercy.

Así es que la descarga se prolongaba mucho más de una semana, y la desesperación de la madre Louveau no acababa nunca.

Pero esta vez nada de vino blanco, nada de pereza, sino un delirio de hacerlo todo bien y pronto, un trabajo febril y sostenido siempre.

Por su parte el pituso, como si hubiera comprendido que era necesario ganar su causa, hacía todo lo imaginable para agradar á Clara.

Por vez primera en su vida, la chiquitina pasó todo el día sin llorar, sin tropezar ni caerse, sin agujerear sus medias.

Su camarada la divierte, la distrae.

El muñeco estaba siempre dispuesto á hacer el sacrificio de sus cabellos para detener las lágrimas de Clara en el borde mismo de sus finas pestañas.

Ella, por su parte, tiraba á manos llenas de aquella peluca enmarañada, importunando á su excelente amiguito como un gozquecillo que mordiera á un perro de aguas.

La madre Louveau observaba todo esto desde lejos.

Pensaba que el pobre muchacho se encontraba también muy á gusto y á sus anchas al lado de la niña.

¿Por qué no retenerle allí, con ellos, hasta haber terminado sus negocios?

Siempre habría tiempo para devolverle después, poco antes de partir.

Por eso aquella noche no hizo la más ligera alusión sobre devolver á Víctor; le hartó de patatas y le acostó como el día antes.

Hubiérase dicho que el protegido de Francisco formaba parte de la familia; y al ver á Clara estrecharle con sus bracitos al cuello, al propio tiempo que se disponía á dormir, fácilmente se habría adivinado que la pequeñina le tomaba también bajo su protección y amparo.

El descargamento de *La Bella Nivernesa* duró tres días.

Tres días de trabajo forzado, sin una distracción, sin hacer otra cosa.

Hacia la hora del mediodía de la tercera jornada, la última carreta estuvo cargada y el barco vacío.



No se podía tomar el remolcador hasta el día siguiente, y Francisco pasó todo ese tiempo escondido en el entrepuente, repasando el bordaje, perseguido por estas palabras que desde hacía tres días le zumbaban constantemente en los oídos:

—Llévale á casa del Comisario.

¡Ah! ¡Dichoso Comisario!

No era menos temido en el camarote de *La Bella Nivernesa* que en la casa de Guignol.

Había llegado á ser una especie de *bú*, del cualla madre Louveau abusaba para hacer callar á Clara.

Todas las veces que pronunciaba este nombre tremendo, el inconsciente rapazuelo fijaba en ella sus ojos inquietos de niño que ha sufrido mucho y demasiado pronto.

Comprendía vagamente todo lo que esa palabra encerraba para él de peligros próximos.

¡El Comisario!

Esto quería decir:

“No más Clara, no más caricias, no más fuego, no más patatas.”

Era volver á la vida amarga y negra, á los días sin pan, á los sueños sin cama y al despertar sin besos.

Por eso se agarró á las faldas de la madre Louveau, la víspera de partir el barco, cuando Francisco preguntó con voz temblorosa:

—¡Ea! ¿Qué hacemos? ¿Le llevamos? ¿sí ó no?

La madre Louveau no respondió.

Dijérase que andaba buscando un pretexto para quedarse con Víctor.

En cuanto á Clara, se echó á rodar por el entarimado, sofocada por las lágrimas y decidida á tener convulsiones si la separaban de su amiguito.

“La mujer de seso,” abrió los labios y dijo entonces gravemente:

—“Francisco, tú has hecho una bestialidad... como siempre.

„Ahora es preciso pagarla.

„Este niño nos tiene afecto; Clara está prendada de él, y ya nos causaría pena á todos verle partir.

„Voy á procurar conservarle á nuestro lado; pero exijo que cada uno ponga algo de su parte.

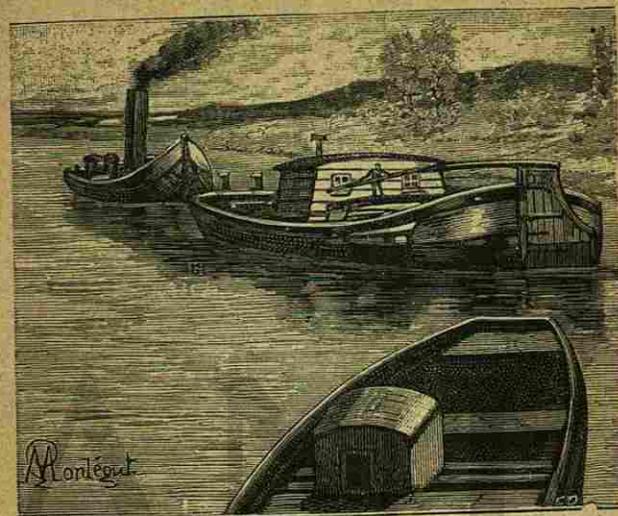
„La primera vez que Clara coja una rabieta, ó tú te emborraches, yo misma le llevaré á casa del Comisario.”

El padre Louveau se puso radiante de júbilo.

Está dicho; no beberá jamás.

En su rostro reían hasta los pendientes

de cobre que tenía en las orejas; cantaba sobre el puente arrollando su cable, y mientras tanto, el remolcador arrastraba a *La Bella Nivernesa* con toda una flotilla de barcos.

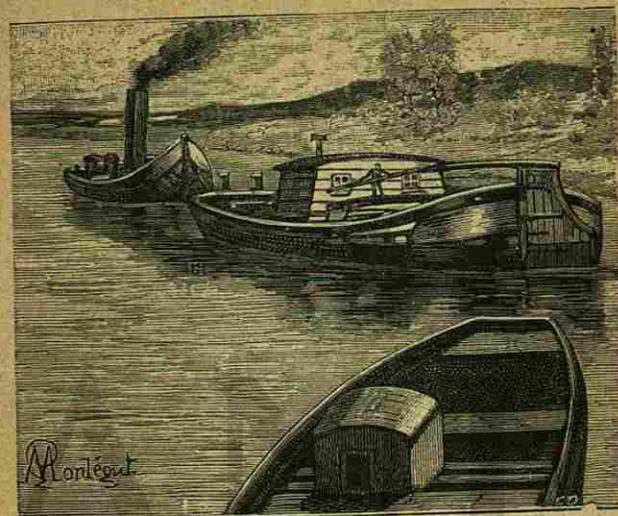


CAPÍTULO III

En marcha.

Victor está en marcha.
En marcha por los alrededores de París, mirando en el agua sus casitas y sus huertos.

de cobre que tenía en las orejas; cantaba sobre el puente arrollando su cable, y mientras tanto, el remolcador arrastraba a *La Bella Nivernesa* con toda una flotilla de barcos.



CAPÍTULO III

En marcha.

Victor está en marcha.
En marcha por los alrededores de París, mirando en el agua sus casitas y sus huertos.

En marcha hacia el país blanco de las colinas gredosas.



En marcha á lo largo de los caminos de sirga, sonoros y empedrados.

En marcha para la montaña.

En marcha para el canal del Yonne,

siempre adormecido en su lecho de esclusas.

En marcha para los inviernos llenos de verdor y para los bosques del Morvan.

Adosado á la barra del barco y obsti-



nado en su resolución de no beber nunca, Francisco se hacía el sordo á las invitaciones de los escluseros y de los vendedores de vino, los cuales estaban admirados y sorprendidos de verle pasar de largo.

Era preciso asirse bien á la barra para impedir que *La Bella Niverna* se fuese por sí sola derecha á los ventorrillos.

Después de tantísimos tiempos como

llevaba aquel barco viejo haciendo el mismo viaje, ya conocía todas las estaciones y se detenía él solo en cada una de ellas, lo mismo que el caballo de un ómnibus en los puntos de parada.

Adelante, apoyado sobre una sola pata,

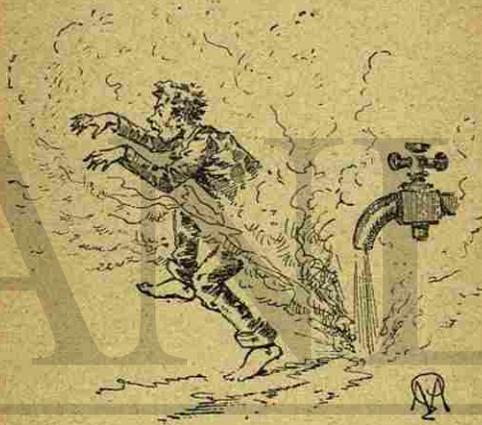


Tripulación maniobraba melancólicamente con un inmenso bichero, rechazando las hierbas, evitando los remolinos y echando el garfio en las curvas.

Sin más cosa de provecho que hacer oír día y noche sobre el puente el ruido de su pierna de palo.

Resignado y mudo, pertenecía á esos hombres para los cuales todo acaba mal en la vida.

Un camarada le habia dejado tuerto en la escuela, un hacha le estropeó la



pierna en cierta serrería, y un cubo lleno de agua hirviendo le escaldó de arriba abajo en una fábrica de refinar.

Habría sido un mendigo y muerto de hambre al borde de un foso, si Louveau, que siempre tuvo tan buen golpe de vis-

ta, no le hubiera ajustado, á la salida del hospital, para que le ayudase en las maniobras de *La Bella Nivernesa*.

Entonces hubo una acalorada reyerta entre marido y mujer, exactamente igual á la que acababan de tener por Víctor.

“La mujer de seso, se enfadó mucho.

Francisco bajó las narices hasta dar con ellas en el suelo.

Y Tripulación se quedó en el barco.

Al presente formaba parte de *La Bella Nivernesa* con los mismos títulos y derecho que el cuervo y el gato.

El padre Louveau gobernaba el barco con tanta destreza y Tripulación maniobraba con tal precisión, que, doce días después de su salida de París, *La Bella Nivernesa*, habiendo remontado el río y los canales, estaba amarrada en el puente de Corbigny para dormir en paz su sueño de invierno.

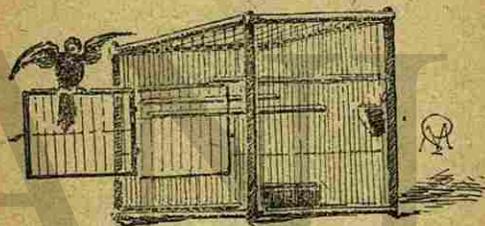
De Diciembre hasta fines de Febrero los marineros no navegan.

Carenan sus barcos y examinan atentamente los bosques para comprar los árboles, que cortan al venir la primavera.

Como la leña no es cara, se quema mucha y arde un gran fuego en los camarotes.

Si la venta del otoño ha salido bien, todo este tiempo es de huelga y de reposo alegre.

La Bella Nivernesa se disponía á in-



vernar; es decir, que se desenganchó el timón, se cubrieron las bandolas en el entrepuente y se dejó todo el espacio libre para jugar y correr sobre cubierta.

¡Qué encantadora vida para el niño abandonado, para el pobre Víctor!

Durante el viaje había estado absorto, aturdido.

Parecía un pájaro criado en jaula, al

que la libertad asombra y le hace olvidar de pronto sus gorjeos y sus alas.

Aunque demasiado niño para sentir el encanto del paisaje que se extendía ante



sus ojos, había experimentado, no obstante, la majestad de este viaje, hecho á todo lo largo del Sena y entre dos horizontes fugitivos.

La madre Louveau, que le veía tan

huraño y taciturno, no hacía más que repetir de la mañana á la noche:

—¡Si será sordomudo!

No: el pequeño parisién del barrio del Temple no era mudo.



Cuando él se hubo convencido perfectamente de que aquello no era un sueño, de que ya no volvería nunca á su guardilla, y de que, á pesar de las amenazas de la madre Louveau, no tendría en adelante que temer gran cosa al Comisario, se le desató la lengua.

Fué la expansión de una flor de cueva, transportada de pronto al sol de una ventana.

Cesó al fin de agazaparse en los rincones con su aspecto montés de hurón acosado.

Los ojos, hundidos bajo la frente abovedada, tomaron su movilidad inquieta, y aunque algo tosco y de rostro reflexivo, aprendió á conducirse y á reir con Clara.

La niña amaba apasionadamente á su compañero, como se ama á esa edad, por el placer de reñir y hacer las paces.

Aunque testaruda como una borriquilla, tenía el corazón muy tierno, y era suficiente recordarla el Comisario para hacerla obedecer.

Apenas llegaron á Corbigny, cuando una nueva hermana vino al mundo.

Milín tenía dieciocho meses justos y cabales, y hubo que aumentar las cunas en el camarote, y también el trabajo; pues con tantas cargas y gastos como había, era imposible pagar una criada.

La madre Louveau refunfuñaba, haciendo temblar la pata de palo de Tripulación.

Nadie se compadecía de ella en el país.

Hasta los mismos aldeanos no se ocultaban para decir su modo de pensar al Sr. Cura, que siempre ponía al marinero como ejemplo digno de imitarse.

—“Todo lo que vos queráis, Sr. Cura;



pero no es de gentes de buen sentido, cuando se tienen tres hijos en casa, ir á recoger los de otros.

„Pero los Louveau siempre han sido lo mismo. ®

„Es la vanidad la que les mueve, y cuantos consejos se les dé, serán inútiles; no lograrán cambiarles nunca.„

No se les deseaba mal alguno; pero nadie hubiese sentido que recibiesen una buena lección que les sirviera de escarmiento.

El Sr. Cura era un buen hombre, sin malicia, que fácilmente compartía la opinión de los demás, acabando siempre por traer á cuento un pasaje de la Escritura ó de los Santos Padres para justificar su retirada.

—Mis feligreses tienen razón, se decía, pasando la mano por su barba mal afeitada. No hay que tentar á la divina Providencia.

Pero como, después de todo, los Louveau eran unas buenas gentes, les hizo, como de costumbre, su visita pastoral.

Allí encontró á la madre Louveau cortando unos pantalones, para Victor, de una blusa vieja, pues el pituso había llegado sin ropa; y como ella era mujer de su casa, no podía sufrir andrajos en torno suyo.

Al ver entrar al Sr. Cura, le ofreció un banco para que se sentara, y habiendo el buen sacerdote hablado de Victor, insinuando que con la protección de mon-

señor el Obispo se lograría hacerle ingresar en el hospicio de Autun, la madre Louveau, con la franqueza que hablaba



á todo el mundo, respondió bruscamente:

—“Sr. Cura, que el pequeño es una carga muy pesada para nosotros, eso salta á la vista.”

„Mi opinión es que Francisco, al traerle con nosotros, ha probado una vez más que no es un águila.

„Yo no tengo el corazón más duro que mi marido; si hubiese encontrado á Víctor abandonado en la calle, me habría dado mucha pena; sin embargo, le hubiera dejado allí donde estaba.

„Pero ya que le hemos recogido, no será para deshacernos de él; y si un día nos viésemos apurados por su causa, no iremos á pedir una limosna á nadie.”

En este momento apareció Víctor en el camarote, llevando á Milín en sus brazos.

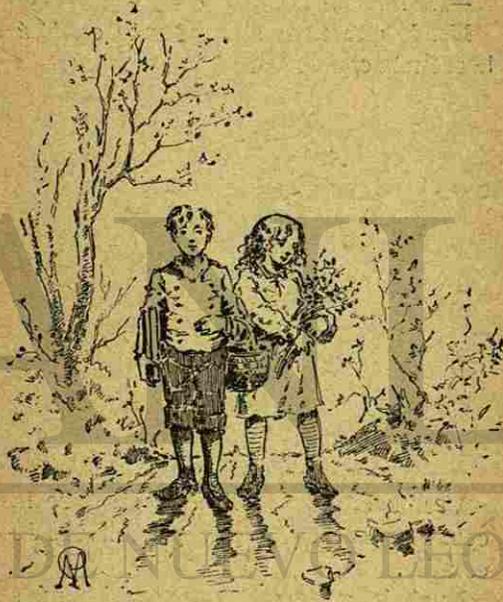
El chiquitillo, furioso porque acababan de destetarle, se vengaba negándose á apoyar los pies en el suelo y ejercitando sus dientes en morder á todo el mundo.

Conmovido ante este espectáculo el Sr. Cura tendió la mano sobre la cabeza del niño abandonado, y dijo solemnemente:

—Dios bendice las familias numerosas.

Y se fué, contento de haber encontrado entre sus recuerdos una sentencia tan adecuada á la situación.

La madre Louveau no había mentido al decir que Víctor pertenecía ya á la familia.



Refunfuñando, hablando sin cesar de llevarle á casa del Comisario, esta “mujer de seso,” tenía cariño al pobre muchacho, que jamás se separaba de sus faldas.

Cuando á Louveau le parecía que se hacía demasiado por Víctor, la contestaba invariablemente:

—No haberle traído.

Desde que tuvo siete años le envió á la escuela con Clara.



Víctor era quien llevaba siempre la cesta de las provisiones y los libros de estudio.

Luchaba valientemente para defender la merienda del apetito poco escrupuloso de los chiquillos de Morvan.

No tenía menos valor para el trabajo que para las peleas.

Aunque sólo iba á la escuela durante el invierno, cuando no navegaban, sabía



más, á su vuelta, que los pequeños aldeanos, pesados y ruidosos como sus zuecos,

los cuales bostezaban durante doce meses seguidos sobre la Cartilla.

Víctor y Clara volvían de la escuela por el bosque.



Los dos niños se divertían mirando á los leñadores cortar árboles del bosque.

Como Víctor era ligero y diestro, trepaba á la cima de los abetos para atar la cuerda que sirve para derribarlos.

Parecía más pequeño á medida que se elevaba; y cuando llegaba á lo alto, Clara tenía mucho miedo.

Él, valiente, se balanceaba con toda intención para impacientarla.



Otras veces iban á visitar al Sr. Maugendre á su taller de carpintería.

El carpintero era un hombre flaco y seco como una duela.

Vivía solo, lejos de la aldea, en pleno bosque.

No se le conocían amigos.
 La curiosidad aldeana había estado mucho tiempo preocupada por la soledad y el silencio de este desconocido, que había llegado del fondo de la Nièvre á



establecer una carpintería tan apartada de las otras.

Hacía seis años que trabajaba sin descanso todos los días, sin holgar nunca, como un jornalero pobre, aun cuando pasaba por tener un buen "gato encerra-

do," y hacer buenos negocios; de vez en cuando iba á consultar al notario de Corbigny sobre la imposición de sus economías.

En cierta ocasión dijo al Sr. Cura que era viudo.



No se supo más.

Cuando Maugendre veía llegar á los niños, paraba su sierra y dejaba el trabajo para conversar con ellos.

Había tomado cariño á Víctor.

Le enseñaba á hacer barquichuelos con pedazos de madera.

Una vez le dijo:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1625 MONTERREY, MEXICO

—Tú me recuerdas un niño que he perdido.

Y como si hubiese temido haber hablado mucho, añadió:

—¡Oh! De eso hace ya mucho tiempo, muchísimo tiempo.

Otro día le dijo al padre Louveau:

—“Cuando no quieras tener á Víctor, dámele á mí.

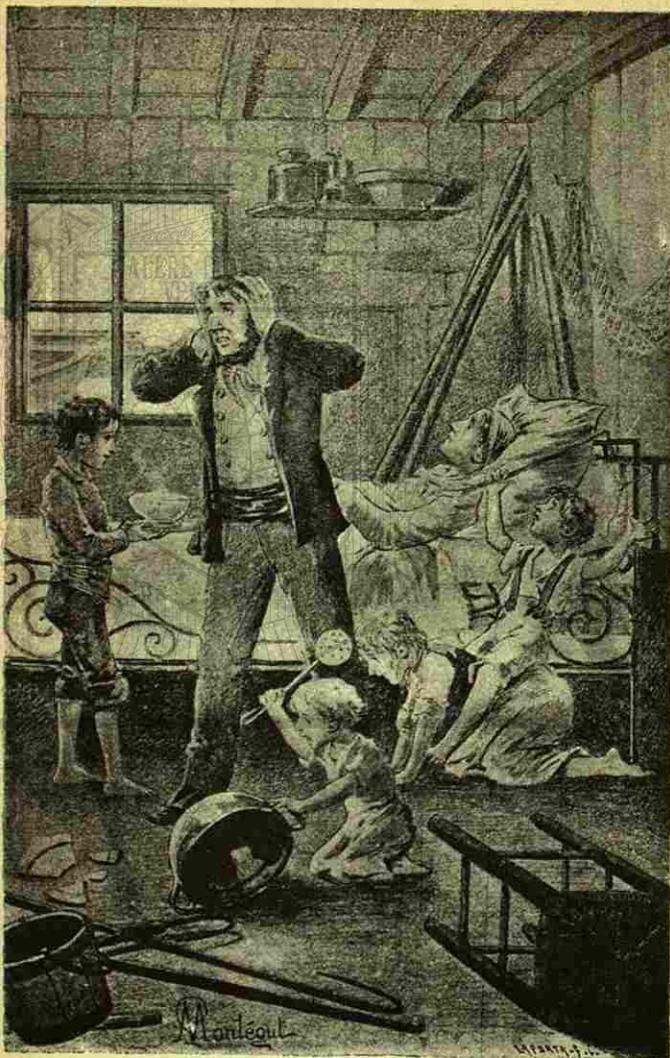
“No tengo herederos, haré por él toda clase de sacrificios; le enviaré al pueblo, á un colegio, luego sufrirá sus exámenes y entrará en la Escuela de Montes.”

Pero Francisco estaba todavía bajo la entusiasta influencia de su benéfica acción, y rehusó.

Maugendre esperó pacientemente á que el acrecentamiento progresivo de la familia Louveau, ó algún apuro de dinero, hiciera al marinero desistir de su adopción.

La casualidad pareció haber oído sus deseos.

En efecto, cualquiera hubiese creído que la desgracia se había embarcado en *La Bella-Nivernesa* al mismo tiempo que Víctor.



Desde aquel instante todo fué al revés.
La madera se vendía mal.

Triputación se rompía siempre algún
hueso en vísperas de entregar el carga-
mento.

En fin, un día—¡día infortunado!—en
el momento de marchar á París, la ma-
dre Louveau cayó enferma.

En medio de la gritería de los chicos,
Francisco acabó de perder la cabeza.

Confundía la sopa con las tisanas.

Impacientaba tanto á la enferma con
sus torpezas, que renunció á cuidarla, y
se la encargó á Víctor.

Por vez primera en su vida hizo él
mismo la compra de la madera.

En vano arrollaba á los árboles sus
cuerdas y tomaba treinta y seis veces
seguidas la misma medida.

Siempre se equivocó en el cálculo...
¡ya sabéis! aquel famoso cálculo:

—Yo multiplico, multiplico...

Él la erraba siempre; era la madre
Louveau quien entendía de esas cosas.

Hizo todos sus pedidos y encargos al
revés; emprendió el viaje de regreso á
París, lleno de inquietudes y, á su arribo,

tuvo la desgracia de tropezar con un comprador sin conciencia que se aprovechó de las circunstancias para robarle. Volvió al barco con el corazón oprimido, se sentó al pie del lecho, y dijo con voz desolada:

—Pobre mujercita mía, haz por curarte pronto, ó estamos perdidos.

La madre Louveau se repuso lentamente; combatió contra la mala suerte é hizo los imposibles para alcanzarse una oreja, tirándose de la otra.

Si hubieran tenido con qué comprar un barco nuevo, aún habrían podido levantar su comercio; pero las economías se habían agotado durante los días de la enfermedad, y todas las ganancias iban á parar á los agujeros de *La Bella Nivernesa*, que ya no podía resistir más.

Víctor vino á ser una carga pesada para ellos.

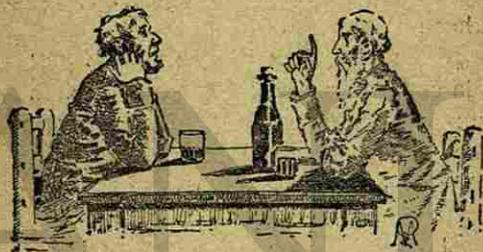
Ya no era aquel niño de cuatro años que se le vestía con una blusa de desecho y se mantenía, como quien dice, del aire.

Ahora contaba doce años; comía como un hombre, y, á pesar de eso, estaba fla-

cuchó, no tenía más que nervios, y era imposible hacerle manejar el bichero cuando á Tripulación se le rompía alguna cosa.

Todo iba de mal en peor.

Habíales costado mucho trabajo, en el



último viaje, remontar el Sena hasta Clamecy.

La Bella Nivernesa hacía agua por todas partes; los enlaces no bastaban; era preciso carenar el casco, ó, mejor aún, poner la barca en venta y reemplazarla.

La noche de un martes, víspera de aparejar para París, y cuando Louveau, muy preocupado, se despedía de Maugendre, después de haber arreglado la

cuenta de la madera, el carpintero le invitó á beber una botella en su casa.

—Tengo que hablarte, Francisco, le dijo.

Entraron en la habitación.

Maugendre llenó dos vasos, y se sentaron á la mesa el uno frente del otro.

—“Yo no he estado siempre solo como ahora me ves, Louveau.

„Recuerdo un tiempo en el cual yo tenía cuanto es necesario para ser dichoso: un pequeño capital y una mujer que me quería.

„Ya todo lo he perdido.

„Por mi culpa.”

El carpintero se interrumpió; la confesión que tenía en la garganta le estrangulaba.

—Yo no he sido un hombre perverso; Francisco.

“Pero he tenido un vicio.”

—¿Tú?

—Le tengo todavía. Me gusta guardar dinero; tener «gato,» como dicen las gentes.

“Esa es la causa de todas mis desgracias.”

—¿Cómo puede ser eso, mi buen Maugendre?

—“Te lo voy á decir.

„Así que me hube casado, cuando tuvi-



mos nuestro primer hijo, se me ocurrió la idea de enviar á mi mujer á París con objeto de que buscara una buena colocación de nodriza.

„Eso da mucho dinero cuando el mari-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO DAUDET"
 No. 1625 MONTERREY, MEXICO

do es hombre ordenado y sabe atender á la casa por sí mismo.

„Mi mujer no quería separarse de su rapazuelo, y me decía:

—“Pero, hombre, nosotros ganamos ya bastante dinero.

„Mas sería dinero maldito.

„No nos aprovecharía.

„Deja esos recursos para las familias pobres, excesivamente cargadas de hijos, y ahórrame el disgusto de tener que abandonarte.

„Yo no quise escucharla, Louveau, y la obligué á partir.”

—¿Y después?

—“Después, cuando mi mujer encontró una colocación de ama de cría, entregó nuestro hijo á una vieja para que le trajera al país.

„Les acompañó hasta la estación del ferrocarril, y desde entonces no hemos vuelto á saber palabra de ellos.”

—¿Y tu mujer, Maugendre?

—Cuando supo lo ocurrido, se le retiró la leche, y á poco murió.

Los dos enmudecieron apenados; Louveau, conmovido por lo que acababa de

oir, y Maugendre, abrumado por sus recuerdos.

Después de una larga pausa, el primero que habló fué el carpintero.

—“Para castigarme, me condené á la existencia que llevo.

„He vivido doce años lejos de todos.

„No puedo más.

„Tengo miedo de morir solo.

„Si tienes compasión de mí, dame á Víctor, para que él reemplace al hijo que he perdido.”

Louveau estaba perplejo.

Víctor le costaba mucho.

Pero si se deshacía de él en el momento que le podía ser útil, todos los sacrificios que se habían impuesto para sacarle adelante, resultaban perdidos.

Maugendre adivinó su pensamiento.

—“Francisco, se me ha olvidado decirte que, si me le das, te indemnizaré tus gastos.

„Esto sería buen negocio para el chico.

„No puedo ver nunca pasar ingenieros por el bosque, sin decirme:

„Yo puedo hacer de Víctor un señor como esos señores.”

„El muchacho es laborioso, y me agrada.

„Bien sabes tú, Francisco, que le trataré como habría tratado á mi hijo.

“Veamos, ¿qué dices?„



Aquella noche, mientras los niños dormían en el camarote de *La Bella-Nivernesa*, el matrimonio habló largamente.

“La mujer de seso„ trató de razonar.

—“Mira, Francisco, hemos hecho por ese niño todo lo que buenamente hemos podido.

„¡Dios sabe que desearía conservarle á nuestro lado!

„Pero ya que se presenta una ocasión

de separarnos de él sin hacerle desgraciado, es preciso tener valor..”

Y, á su pesar, sus ojos se volvieron hacia el lecho donde Víctor y Milin dormían un sueño de niños, tranquilo y confiado.

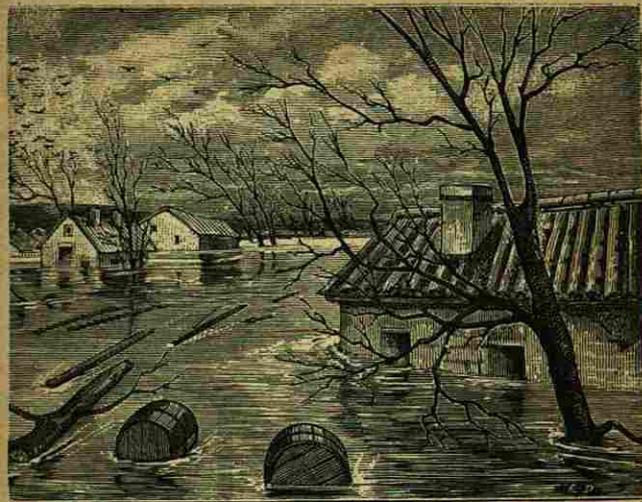
—¡Pobre pequeño! dijo Francisco con voz dulce.

A sus oídos llegaba el sordo rumor de la corriente del río, que golpeaba los costados del barco y, de tiempo en tiempo, sonaba el silbido del ferrocarril rasgando el silencio de la noche.

De pronto la madre Louveau rompió en sollozos:

— ¡Dios tenga piedad de nosotros! ¡Francisco, me quedo con él! ¡Me sería muy doloroso separarme de Víctor!





CAPITULO IV

La vida es ruda.

Victor tocaba ya en los catorce años. En poco tiempo había dado un gran estirón, y el pequeño papanatas se convirtió en un muchachote fuerte, robusto, de

anchas espaldas y de movimientos reposados.

Al cabo de los años que navegaba en *La Bella Nivernesa*, empezaba á conocer su ruta como un viejo y avezado marinero; sabía los nombres de los bajos, y olfateaba las avenidas, pasando de las maniobras del bichero á las del timón.

Llevaba cinturón rojo y la blusa ahuecada alrededor de los riñones.

Cuando el padre Louveau le confiaba la barra, Clara, que iba siendo una real moza, venía á hacer media á su lado, prendada de su figura serena y de sus actitudes varoniles.

Aquella vez el viaje de Corbigny á París había sido azaroso y duro.

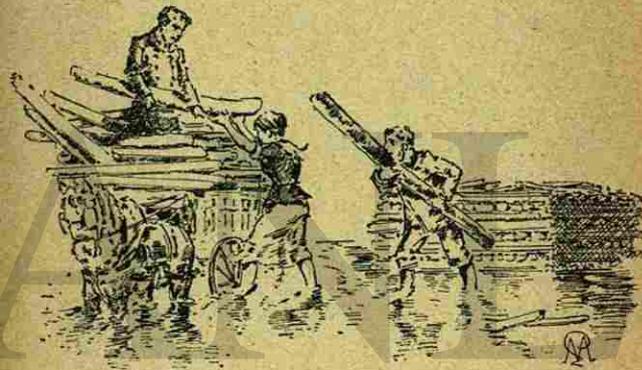
Crecido por las lluvias del otoño, el Sena había arrastrado las presas y se lanzaba hacia el mar como una bestia desbocada.

Los marineros, inquietos, apresuraban sus descargas, pues el agua corría ya al nivel de los malecones, y los despachos enviados de hora en hora por las postas de los escluseros traían malas noticias.

Decían que los afluentes habían roto

sus diques é inundado la campiña, y la riada subía, subía.

Los muelles estaban invadidos por una multitud, ocupada en mil faenas; era aquello un hormiguero de hombres, de



carretas y de caballos; encima, las grúas de vapor maniobraban con sus grandes brazos.

El mercado de vinos estaba ya desocupado.

Los camiones llevaban las cajas de azúcar.

Los haladores abandonaban sus barcos, los malecones se vaciaban, y la fila de carros, subiendo las pendientes de las rampas, hufan de la avenida como un ejército en marcha.

Retrasados por el ímpetu salvaje de las aguas y por las paradas de las noches sin luna, los Louveau desesperaban de entregar su cargamento.

Todo el mundo había puesto manos á la obra, y trabajaron hasta hora muy avanzada de la noche, á la luz de los mecheros de gas de los muelles y de las linternas.

A las once todo el cargamento estaba apilado al pie de la rampa.

Como la carreta de Dubac el carpintero no parecía por parte alguna, se acostaron.

Fué una noche terrible, llena de rechinamientos de cadenas, crujidos de bordajes y choques de barcos.

La Bella-Nivernesa, resentida por las sacudidas, lanzaba gemidos como un reo en el tormento.

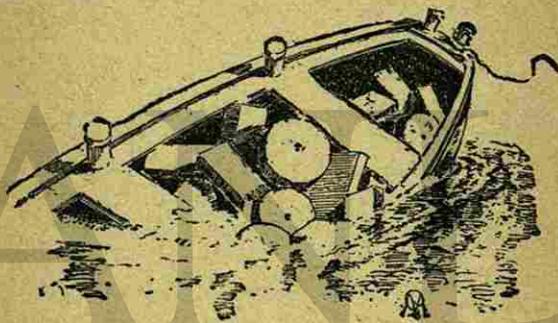
No hubo medio de pegar los ojos.

El padre Louveau, su mujer, Víctor y

Tripulación se levantaron al rayar el alba, dejando á los niños en su lecho.

El Sena había crecido más durante la noche.

Temible y lleno de olas como el mar,



corría verde y sombrío bajo un cielo gris oscuro.

En los muelles ni un movimiento de vida.

En el agua ni un barco.

Pero muchos restos de cobertizos y vallados flotando en la corriente.

Al otro lado de los puentes, la silue-

ta de Nuestra Señora disfumada en la niebla.

Era preciso no perder un segundo, pues el río había ya franqueado los parapetos del puerto bajo y, las olas, lamien- do el extremo de los tablones, habían de- rribado los pilas de maderas.

Metidos en el agua hasta la cintura, Francisco, la madre Louveau y Dubac, cargaban la carreta.

De pronto oyeron un gran ruido al lado de ellos, que les aterró.

Una chalana cargada de piedras moli- neras, rompiendo su amarra, vino á cho- car contra el muelle, abriéndose desde la soda al codaste.

Hubo allí un terrible desgarramiento, seguido de un remolino de agua.

Aún estaban inmóviles y aterrados por este naufragio, cuando oyeron un gran clamor detrás de ellos.

Desencadenada por la sacudida, *La Bella Nivernesa* se separaba de la orilla.

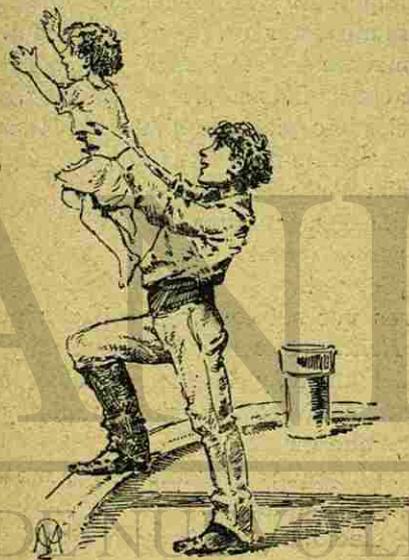
La madre Louveau lanzó un grito:

—¡Mis hijos!

Victor se había ya precipitado en el camarote.

De allí á poco reapareció sobre el puente con el pequeño en los brazos.

Clara y Milín le seguían, y todos, á la



vez, tendieron sus brazos hacia el muelle.

—¡Tomadles!

—¡Un botel!

—¡Una cuerda!

Todo fué inútil.

¿Qué hacer?

No había medio de pasarles á nado.

Tripulación corría de una á otra borda, impotente y desesperado.

Era menester abordar á toda costa.

Enfrente de este inválido enloquecido y de estos niños sollozantes, Víctor, improvisado capitán, se sintió con la energía suficiente para salvarlos del peligro.

Daba voces de mando.

—¡Vamos, echa una amarra!

—¡Despáchate!

—¡Cógela!

Tres veces intentaron echarla; pero *La Bella Nivernesa* estaba ya muy lejos del muelle, y el cable cayó al agua.

Entonces Víctor corrió al timón, y se le oyó que gritaba:

—¡No hay que tener miedo! ¡yo me encargo de conducirlos!

En efecto, de un vigoroso empuje de barra enderezó la embarcación que se iba á la deriva, empujada de flanco por las aguas.

En el muelle, Louveau había perdido completamente la cabeza.

Quería echarse al agua para reunirse á sus hijos; pero Dubac le tenía preso entre sus brazos, mientras que la madre



Louveau se cubría el rostro con las manos para no ver.

Entretanto *La Bella Nivernesa* entraba en la corriente, y con la velocidad de

un remolcador enfilaba contra el puente de Austerlitz.

Tranquilamente cogido á la barra, Víctor gobernaba el barco, animaba á los pequeños y daba sus órdenes á Tripulación.



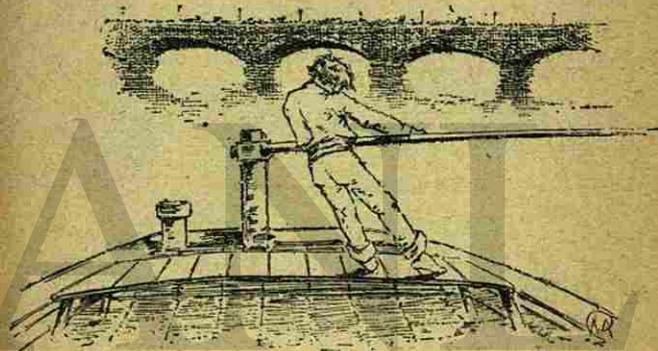
Estaba seguro de que iba por buen camino, pues había maniobrado en línea recta hacia la bandera roja, izada en la mitad del arco maestro para indicar la marcha á los marineros.

Pero ¡oh Dios mío! ¿habría altura bastante entre el agua y el puente para que pasase el barco?

Víctor veía el puente, que se acercaba con vertiginosa rapidez.

—¡A tu bichero, Tripulación! Tú, Clara, atiende á los niños.

Por su parte se asió fuertemente al timón.



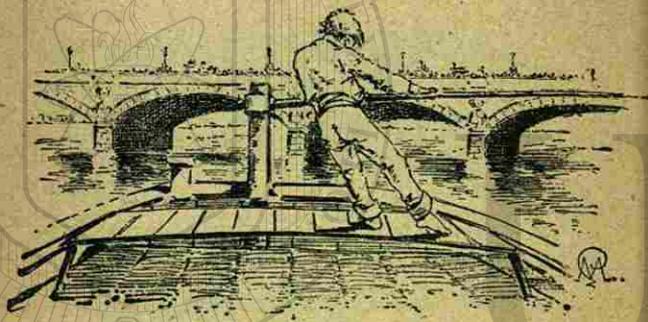
Ya sentía en la cara el viento encallejonado del arco.

Ya estaban.

Arrastrada por el ímpetu de su carrera, *La Bella Nivernesá* desapareció bajo la galería con un ruido espantoso, pero no desapareció tan rápidamente que la multitud que se apiñaba sobre el

puente de Austerlitz no viera al marinero de la pierna de palo errar el golpe de bichero y caer de bruces, en tanto que Víctor gritaba desde el timón:

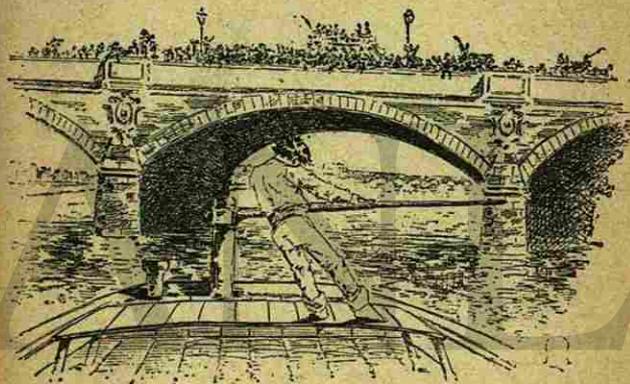
—¡Un arpón! ¡un arpón!



La Bella Nivernesa se hallaba bajo el puente.

En la sombra del arco, el pequeño capitán distinguió perfectamente las enormes argollas soldadas en las hiladas de los pilares, las junturas de la bóveda, y, en la lejana perspectiva, la crujía de los otros puentes encuadrando á grandes trozos el cielo.

Después hubo como una dilatación del horizonte, algo como un deslumbramiento de luz al aire libre saliendo de una cueva, un ruido prolongado y atronador de ¡hurras! sobre su cabeza y la visión



de la catedral anclada sobre el río, semejante á una inmensa fragata.

El barco se paró de golpe.

Algunos pontoneros habían logrado enganchar un garfio en la borda de *La Bella Nivernesa*.

Víctor, en un abrir y cerrar de ojos,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

amarró y ató sólidamente el cable alrededor de una cuerda.

Se vió á *La Bella Nivernesa* virar de bordo, girar sobre la amarra y, cediendo al nuévo impulso que la arrastraba,

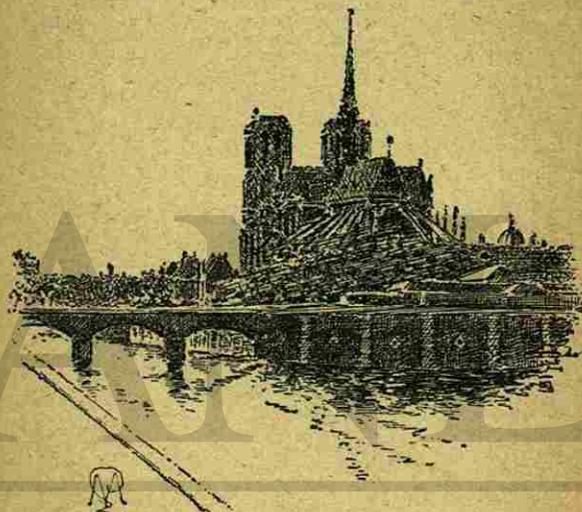


abordar lentamente al muelle de la Tournelle, con su tripulación de monicacos y su capitán de quince años.

¡Oh! ¡Qué alegría la de aquella noche al verse todos alrededor de la humeante cena, en el camarote del barco, esta vez

perfectamente anclado y amarrado con solidez!

El pequeño héroe ocupó el sitio de ho-



nor, el puesto que correspondía al capitán.

No tenían gran apetito, pues aún los duraba la ruda emoción de la mañana; pero los corazones estaban dilatados como

después de salir de un largo y grave desmayo.

- Al fin respiraron libremente.

Se guiñaban los ojos del uno al otro lado de la mesa, como queriendo decir:

- ¡Eh! ¡Si le hubiésemos llevado á casa



del Comisario! ¿Qué habría sucedido ahora? ¿Estaríamos todos juntos?

El padre Louveau reía hasta las orejas, dirigiendo á su pollada una mirada humedecida por las lágrimas.

- Hubiérase dicho que le había llovido del cielo una gran fortuna, que *La Bella Niverneña* no tenía ni un mal agujero

en sus costados, ó que les había caído el premio gordo de la lotería.

El marinero aporreaba cariñosamente á Víctor con sus puños.

Así es como manifestaba su afecto.

- ¡Este pícaro de Víctor!

„¡Qué golpe de timón!



„Tripulación, ¿lo has visto?

„Yo no lo habría hecho mejor, ¡eh! ¡eh! Lo dicho; ni yo, con ser el patrón, lo habría hecho tan perfectamente..”

El buen hombre tuvo exclamaciones para quince días, y corrió por los muelles contando aquel “golpe de timón..”

- ¿Comprendéis?

„El barco iba dando vueltas.

„Entonces, él...

„¡Plam!

Y hacía un gesto muy expresivo para indicar la maniobra.

Durante este tiempo el Sena volvió á



su nivel ordinario, y el momento de partir se aproximaba.

Una mañana que Víctor y Louveau daban á la bomba del agua sobre cubierta, el cartero les entregó una carta.

Estaba cerrada con un sello azul.

El marinero abrió la carta con mano temblorosa y, como no estaba mucho

más fuerte en la lectura que en el cálculo, le dijo á Víctor:



—Deletréame eso.
Y Víctor leyó:

“OFICINA DEL COMISARIO DE POLICÍA
XII DISTRITO

El Sr. Louveau (Francisco), patrón marineró, se servirá presentarse inmediatamente en el despacho del Comisario de policía.

—¿Nada más?
—Nada más.

Louveau se ausentó durante todo el día.

Cuando por la noche regresó al barco, toda su alegría había desaparecido.

Estaba sombrío, hosco, taciturno.



La madre Louveau no comprendía nada de aquello y, como los pequeños se habían subido al puente á jugar, le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Tengo disgustos.

—¿A causa de la madera?

—No; á propósito de Víctor.

Contó entonces su visita al Comisario de policía.

—¿Sabes aquella mujer que le abandonó? No era su madre.



—¡Ah!... ¡ya!

—Le había robado.

—¿Cómo lo saben?

—Ella misma se lo ha confesado al Comisario antes de morir.

—¿Pues, entonces, te habrán dicho el nombre de sus padres, de sus parientes?

Louveau se estremeció.

—¿Y por qué supones que me lo hayan dicho?

— ¡Canario! Cuando te han llamado, habrá sido para eso.

Francisco se enfadó.

— ¡Si yo lo supiera, te lo diría!

Estaba rojo de ira y salió dando un portazo.

La madre Louveau se quedó como el que ve visiones.

— ¿Qué tiene este hombre?

Si: ¿qué es lo que tenía Francisco?

A partir de este día, sus maneras, sus palabras, su carácter, todo cambió en él.

No comía, dormía mal y hablaba solo.

¡Disputaba con su mujer!

Reñía á Tripulación, maltrataba á todo el mundo, y á Víctor más que á nadie

Cuando la madre Louveau, asombrada, le preguntaba qué tenía, respondía brutalmente:

— “No tengo nada.

„¿Tengo cara de que me pase alguna cosa?

„Sois vosotros quienes os habéis conjurado contra mí.”

La pobre mujer predicaba en desierto.

— Acabará por volverse loco; mi palabra que sí.

Ya le creía completamente maniático, cuando cierta noche la proporcionó una escena espantosa á propósito de Maugendre.

Llegaba la época de emprender el acostumbrado viaje y se disponían á regresar á Clamecy.

Víctor y Clara hablaban de la escuela, y habiendo dicho aquél que tendría mucho gusto en ver de nuevo á Maugendre, el padre Louveau se encolerizó:

— “Déjame en paz con tu Maugendre.

„No quiero tener trato alguno con él.”

La madre intervino:

— „¿Qué te ha hecho?

“Me ha hecho... me ha hecho...

No te importa.

— „¿Acaso no soy yo el amo?”

¡Ah! Y tan en absoluto era el amo ahora, que, en vez de detenerse en Corbigny, como hacía siempre, continuó hasta dos leguas más allá, amarrando frente al bosque.

Manifestó que Maugendre no pensaba más que en estafarle en todos los tratos, y que haría mejores negocios con otro vendedor.

Estaban muy lejos del pueblo para soñar siquiera en que los niños fuesen á la escuela.



Víctor y Clara recorrían los bosques durante el día para reunir haces de leña. Cuando se fatigaban de llevar su carga, la depositaban al borde de cualquier

zanja y se sentaban en el suelo en medio de las flores.

Víctor sacaba un libro de su bolsillo y hacía leer á Clara.



Les gustaba ver el sol filtrándose al través de las ramas, y caer en luces temblorosas sobre la página y sobre sus cabellos.

En torno suyo zumbaban millares de pequeños insectos, y á lo lejos se extendía la calma del bosque.

Cuando se les hacía tarde, era necesario volver de prisa á todo lo largo de la gran avenida, oscura por la sombra del apretado ramaje.

Al fin se veía en un claro el mástil de *La Bella Nivernesa*, y el resplandor de un fuego entre la niebla ligera que se elevaba del río.

Era la madre Louveau, que guisaba al aire libre, á la orilla del agua, sobre un fuego de hojarasca.

Cerca de ella, Milín, desgredado como un plumero y con la camisa saliendo por entre los pantalones, vigilaba amorosamente la marmita.

La chiquitina rodaba por tierra.

Tripulación y Louveau fumaban sus pipas.

Una noche, á la hora de la comida, vieron que alguien, saliendo del bosque, se dirigía hacia ellos.

—¡Calla! ¡Maugendre!

Era el carpintero.

Muy aviejado, muy encanecido.

Traía un bastón en la mano y parecía afligido al hablar.

Al ver á Louveau, se acercó á él, y le tendió la mano.

—¡Y bien! ¿Me has abandonado, Francisco?



El marinero tartamudeó una respuesta embarazosa.

—¡Oh! No te guardo rencor.

Tenía el aire tan fatigado, que la madre Louveau se sintió conmovida.

Sin preocuparse del mal humor de su marido, ofreció á Maugendre un banco para que se sentara.

—¿Estáis enfermo, Sr. Maugendre?

—He cogido un aire, un enfriamiento. Hablaba lentamente y en voz muy baja.

El dolor le había dulcificado.

Dijo que iba á abandonar el país para irse á vivir al fondo de la Nièvre.

—“Esto se acabó; ya no trabajaré más.

„Ahora soy rico, tengo mucho dinero, mucho dinero.

„Pero para nada me sirve.

„No puedo volver á comprar la felicidad que he perdido.”

Francisco escuchaba con el entrecejo arrugado.

Maugendre continuó:

—“Cuanto más viejo voy siendo, más siento mi soledad.

„En otro tiempo me distraía trabajando; pero al presente no estoy en lo que hago; mi pensamiento está en otra parte.

„No tengo gusto para nada.

„Así que he decidido ponerme en marcha inmediatamente; eso acaso me distraerá.”

Y, á pesar suyo, volvió sus ojos hacia los niños.

En este instante Víctor y Clara desembocaban por la avenida del bosque con su carga de ramaje.

Al ver á Maugendre, tiraron sus haces y corrieron hacia él á todo escape.

El carpintero les acogió amistosamen-



te, como siempre, y dijo á Louveau, que estaba sombrío:

—Tú eres dichoso; tú tienes cuatro hijos; yo no tengo ninguno.

Y suspiró.

—No tengo nada que decir; es culpa mía.

Al decir esto se levantó.

Todos hicieron lo mismo.

—Adiós, Víctor; trabaja mucho y ama á tus padres, como es tu deber.

Le había puesto la mano sobre el hombro y le miraba atentamente.

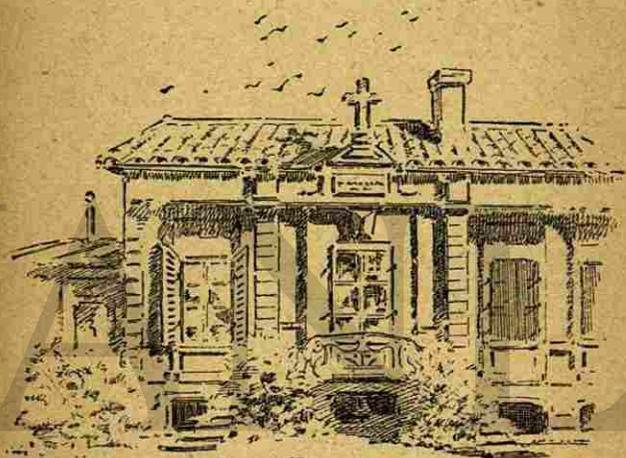


—¡Y decir que si yo tuviese un hijo sería ahora como él!

En frente, Louveau, con la ira en los labios, parecía decir:

—¡Pero no te irás!

Sin embargo, en el momento en que el carpintero se disponía á partir, Francisco tuvo un impulso de piedad y le llamó.



PR

—Maugendre, ¿no quieres comer con nosotros?

Lo había dicho, á pesar suyo, de mala gana, con un tono brusco que quitaba las ganas de aceptar el convite.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

El viejo movió la cabeza.

—Gracias; no tengo hambre.

“Además, la felicidad de otros hace daño cuando uno está muy triste.”

Y se alejó, encorvado y apoyándose en su bastón.



Louveau no pronunció ni una palabra en el resto de la velada.

Pasó la noche paseando sobre el puente, y al amanecer salió sin decir nada a nadie.

Se dirigió al presbiterio.

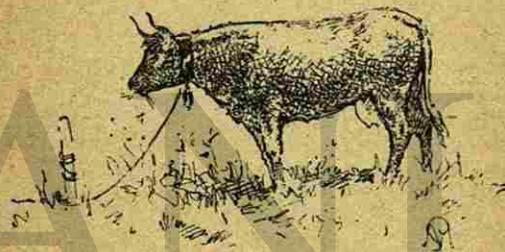
La casa del cura estaba al lado de la iglesia.

Era un gran edificio cuadrado, con un patio delante y una huerta detrás.



Algunas gallinas picoteaban en el suelo.
Una vaca, atada, mugía en la hierba.
Louveau sintió el corazón aliviado por
la resolución que le animaba en aquel
instante.

Abriendo la empalizada, se dijo con



un suspiro de satisfacción que, cuando
saliera de allí, ya se habría desembara-
zado de todas sus inquietudes.

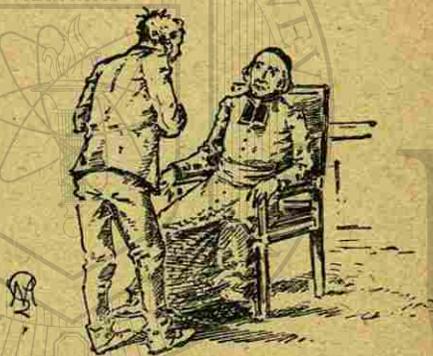
Encontró al señor cura sentado al fres-
co, en el comedor de la casa.

El sacerdote había acabado de comer
y dormitaba ligeramente con la cabeza
inclinada sobre el breviario.

Despertado por la llegada de Louveau,

señaló la página, cerró el libro é hizo sentar al marinero, el cual no hacía otra labor que dar vueltas á la gorra entre sus dedos.

—Veamos: ¿qué me quieres, Francisco?



—Quería un consejo.

Y pidió permiso para contar largamente su historia.

—“Porque, ya lo sabéis, señor cura, yo no estoy muy fuerte en... Yo no soy un águila, como dice mi mujer. ¡Eh, eh!”

Satisfecho de este preámbulo, refirió su asunto jadeante, más encarnado que

la grana, y sin apartar la vista de la visera de la gorra.

—¿Recordáis, señor cura, que en cierta ocasión Maugendre os dijo que era viudo?



—Sí, lo recuerdo.

—“Hace quince años su mujer fué á París para colocarse de nodriza.

„Tuvo que presentar su hijo al médico, como lo manda la ley, le dió la última teta y después se le confió á una «acompañanta.»

El sacerdote le interrumpió:

—¿Qué significa eso de una “acompañanta,” Francisco?

—“Es una mujer, señor cura, que por una retribución se encarga de conducir al país los hijos de las nodrizas.

„Los lleva en cuévanos, como á los gatos, ¿sabéis?”

—¡Vaya un oficio chusco!

—“Hay muchas gentes honradas que lo hacen, señor Cura.

„Pero la madre Maugendre tropezó con una mujer á quien no conocía, una bruja que robaba niños y los alquilaba á otras holgazanas, para que éstas los arrastraran por las calles implorando la caridad de los transeuntes.”

—¿Qué me estás contando, Francisco?

—“La verdad pura y neta, señor cura.

„Esa infame mujer ha robado muchos niños, y el chico de Maugendre fué uno de ellos.

„Le tuvo á su lado hasta los cuatro años.

„Quiso enseñarle á mendigar; pero era el hijo de un hombre honrado, y rehusó tender la mano á las gentes.

„Entonces le abandonó en la calle, y después... ¡allá te las compongas como puedas!

„Pero ved que hace seis meses, en el hospital, momentos antes de morir, un remordimiento la martirizaba.



„Yo sé lo que es eso, señor cura; eso hace sufrir horriblemente.”

Y el pobre hombre elevó los ojos al cielo raso, como para jurar que no mentía.

—“El caso es que aquella mujer mandó á buscar al Comisario y le dijo el nombre del niño; el Comisario, á su vez, me manda á llamar á mí y me repite ese nombre.”

„Es Víctor.”

Al señor cura se le cayó el breviario de las manos.

— ¡Cómo! ¿Es Víctor el hijo de Maugendre?

— Seguramente que lo es, señor cura. El eclesiástico no acababa de asombrarse y de hacer cruces.



Balbuceó una frase, en la que sonaron las palabras:

— ¡Pobre niño!

„El dedo de Dios.”

Se levantó, paseó de uno al otro lado de la habitación, se aproximó á la ventana, volcó un vaso de agua, y al fin se plantó frente á frente de Louveau, con las manos puestas en la cintura.

Aún permaneció unos instantes mudo, buscando una sentencia aplicable á tal acontecimiento; pero como no la encontraba, dijo sencillamente:



— ¡Bueno! Ahora será preciso devolver ese muchacho á su padre.

Louveau se estremeció.

— „Esa es precisamente la causa de mis disgustos, señor cura.

„Desde hace seis meses que me hicie-

ron semejante revelación, no he tenido valor de decir nada á nadie, ni aun á mi mujer.

„Hemos hecho tantos sacrificios para



sacar adelante este niño; hemos pasado tantas penas, tantas miserias y tantas privaciones juntos, que hoy me sería muy doloroso separarme de él.”

Todo esto era verdad, y si Maugendre merecía que se le tuvieran compasión y

lástima, también inspiraba piedad el infeliz Francisco.

Colocado entre estos dos sentimientos rivales, el señor cura sudaba por cada pelo una gota, llamando en su auxilio las luces de lo alto.



Y de pronto, olvidando que Louveau había ido exclusivamente á pedirle su opinión, articuló con voz ahogada:

—Veamos, Francisco; ponéos en mi lugar: ¿qué consejo me daríais vos?

El marinero bajó la cabeza.

—“Yo bien comprendo que no hay más remedio que desprenderme de Víctor, señor cura.

„Eso es lo que he sentido, lo que me ha dicho mi conciencia el otro día, cuando Maugendre vino á sorprendernos con su visita.

„Me ha destrozado el corazón verle tan viejo, tan triste y tan acabado.

„Me avergoncé en su presencia, como si tuviera guardado en mi bolsillo dinero que á él le hubiesen robado.

„Ya no me era posible por más tiempo soportar yo solo este secreto, y he venido á deciroslo.”

—“Y habéis hecho perfectísimamente bien, Louveau, dijo el señor cura, encantado de que el marinero mismo le diera una solución.

„Nunca es tarde para reparar una falta.

„Os voy á acompañar á casa de Maugendre.

„Se lo confesaréis todo.”

—Hoy no. ¡Mañana, señor cura!

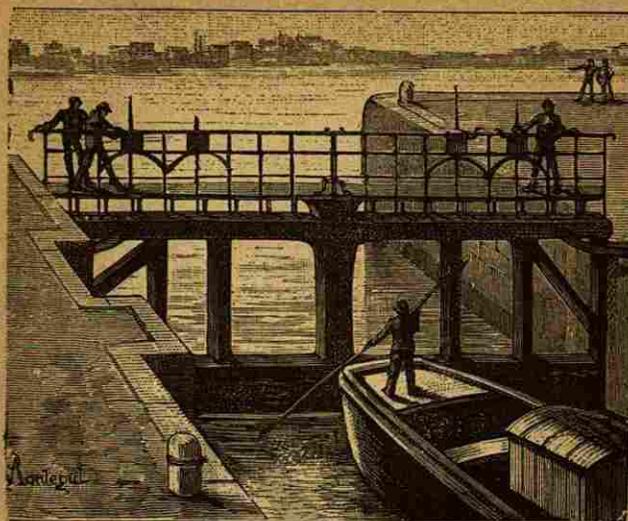
—No, Francisco; en seguida.

Y viendo el dolor del buen hombre y cómo entre sus manos convulsivas había

hecho una torcida de su gorra, le dijo en tono suplicante y con débil voz:

—Os lo ruego, Louveau; supuesto que estamos los dos decididos, nunca mejor que ahora.





CAPÍTULO V

Las ambiciones de Maugendre.

¡Un hijo!
¡Maugendre tiene un hijo!
El padre entorna los ojos y le contempla, sentado enfrente de él, sobre la

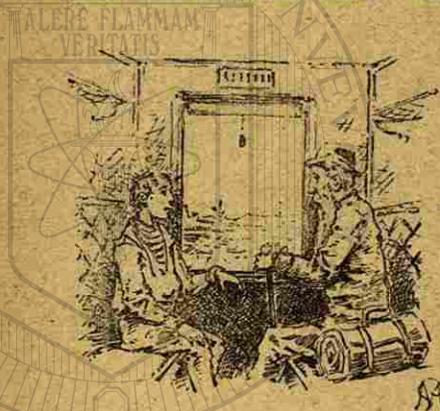
10

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA II
"ALFONSO" N.º 120
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

banqueta de un vagón del ferrocarril, que les conduce, zumbando y á toda velocidad, á Nevers.

¡Es un verdadero rapto!

El viejo se ha llevado á su hijo casi sin



dar las gracias, como un patán que ha cobrado el premio gordo y escapa con él.

No ha querido dejar su hijo bajo el influjo de las afecciones antiguas.

Tiene la avaricia del cariño, como ha tenido la avaricia del oro.

¡Ningún préstamo! ¡Ninguna participación con nadie!

Su tesoro es para él solamente, sin ojos que le miren á hurtadillas.

Los oídos de Maugendre zumban como el tren expreso que le conduce.

Su cabeza es un horno, como la locomotora.

Y su imaginación corre más de prisa



que todas las locomotoras y que todos los trenes expresos, franqueando los días, los meses y los años.

Sueña un Víctor de veinte años, vestido de uniforme verde oscuro, con botones de plata.

¡Un alumno de la Escuela de Ingenieros de Montes!

Ya le parece que el alumno Maugen-

dre ciñe la espada al cinto y lleva el tricorno sobre la oreja, como un politécnico, pues todas las Escuelas y todos los



uniformes andan un poco mezclados en la imaginación de Maugendre.

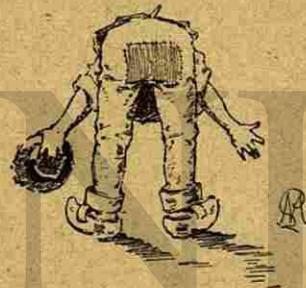
¡Pero no importa!

El carpintero no escatima ni regatea todos los galones y todos los dorados juntos.

Tiene "gato enterrado," para pagar esto y mucho más.

¡Ah! Víctor será un "señor," recamado de oro y plata de los pies á la cabeza.

Los hombres le hablarán con el sombrero en la mano.



Las mujeres más hermosas y encoquetadas se volverán locas por él.

Y en un rincón habrá un viejo, con las manos callosas, que dirá, hinchado de orgullo:

— "Ese es mi hijo.

— "Vamos, hijo mío."

También sueña el muchacho, "su hijo,"

con la gorrilla sobre los ojos, hasta que venga á reemplazarla el tricornio bordado de seda y oro.

No quiere que su padre le vea llorar.



Clara le ha dado un beso que todavía le abraza la mejilla.

El padre Louveau se apartó de allí silencioso.

“La mujer de seso,” estaba muy pálida.

Y Milín le llevó su taza de sopas para consolarle.

¡Todos, todos!...

¡Hasta Milín!

¡Ah! ¿Cómo vivirán ellos sin él?

¿Cómo vivirá él sin ellos?

El futuro alumno de la Escuela de Mon-



tes está tan turbado, que todas las veces que le habla su padre, contesta:

—Sí, señor Maugendre.

Y, sin embargo, todavía no ha llegado al término de las tribulaciones el pequeño marinero de *La Bella Nivernesa*.

No es dinero solamente lo que cuesta

llegar á ser un "señor,, sino muchos sacrificios y muchas tristezas.

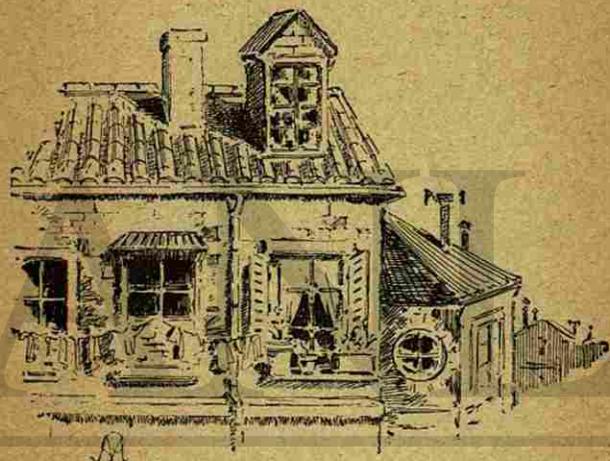
Así lo comprendió Víctor, en tanto que el tren, rápido, pasaba, silbando, los puentes por encima del arrabal de Nevers.



Le pareció que todo aquello lo había visto ya en otra parte, en un pasado lejano y doloroso; aquellas calles estrechas, aquellas ventanas ahogadas, como respiraderos de prisión, de donde colgaban andrajos deshilachados.

Ya tienen las piedras bajo sus pies.

En torno de ellos circula y zumba la batahola de los andenes, apreturas de curiosos, choques de gentes cargadas con fardos, rodar de coches y de los pesados



ómnibus del camino de hierro, que los viajeros, cargados de líos de mantas apretados por muchas correas, toman ruidosamente por asalto.

Víctor y su padre atraviesan en coche el patio enrejado de la estación.

El carpintero no abandona su idea.
Desea y quiere una transformación súbita.

Y, sin detenerse, lleva á "su hijo," á casa del sastre del colegio.

La tienda es nueva, los mostradores deslumbrantes; muchos señores, vesti-



dos de punta en blanco, que se parecen á los que pintan en los figurines al cromo, y que ellos recuerdan haber visto tantas veces, abren la puerta á los parroquianos con una risilla protectora.

Meten por los ojos al Sr. Maugendre el último número de *La Moda Ilustrada*, donde un colegial fuma en compañía de una amazona, de un caballero inglés en

traje de caza y de una recién casada, vestida de raso blanco y con su corona de azahar.



Precisamente el sastre tiene en sus manos la *casaca tipo* y la *casaca modelo*, enguatada por delante y por detrás, con faldones cuadrados y botones de oro.

Exhíbela con ostentación ante los ojos

del carpintero, que exclama, radiante de orgullo:

—¡Ah! Con eso tendrás el aspecto de un militar.

Un caballero en mangas de camisa,



que lleva un metro alrededor del cuello, se acerca al alumno Maugendre.

Le toma medidas por la cadera, por el tallo y á lo largo de la columna vertebral.

Esta operación trajo á la memoria del

pequeño marinero recuerdos que inundaron sus ojos de lágrimas.

Las manías del padre Louveau; las iras de "la mujer de seso,," todo lo que ha dejado detrás de sí.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Ciudad 1625 MONTERREY, MEXICO

¡Ya todo esto ha concluído!

El hombrecito correcto y elegante que Víctor ve con pantalón de uniforme en el grande espejo del gabinete de pruebas, no tiene nada de común con el pequeño grumete de *La Bella Nivernesa*.

El sastre empuja desdeñosamente con el pie la humilde blusa, como si fuera un llo de pingajos.



Víctor siente que es todo su pasado el que le han hecho dejar allí.

Y no sólo dejar, sino que hasta se le prohíbe recordarle y pensar en él.

—Es preciso romper con los vicios de vuestra educación primera, dijo severamente el "Sr. Director," del colegio, que no disimulaba sus recelos.



mente el "Sr. Director," del colegio, que no disimulaba sus recelos.



Y para facilitar esta regeneración, decidieron que el alumno Maugendre no sa-

liera del colegio más que los primeros domingos de cada mes.

¡Oh, cómo llora!

¡Cómo llora la primera noche en el fondo del dormitorio triste y frío, en tanto que los otros escolares roncan en sus camas de hierro, y que el pasante devora



una novela á escondidas y á la luz de una lamparilla!

¡Cómo sufre durante la hora maldita del recreo, en tanto que sus camaradas le atropellan y le maltratan!

¡Qué triste se halla en la sala de estudio, con la nariz pegada al pupitre, temblando ante las iras del pasante, que golpea con toda la fuerza de su brazo sobre

la silla, repitiendo siempre la misma frase:

—Un poco de silencio, señores.

Esta voz vocinglera y chillona remueve la hez de los malos recuerdos, emponzoñando su vida.



Le trae á la memoria los días negros de su primera infancia, el zaquizami del barrio del Temple, los golpes, las riñas, todo lo que ya había olvidado; y se agarraba desesperadamente á las queridas imágenes de Clara, de *La Bella Nivernesa*, como á un rayo de sol brillante y alegre en la sombra de su vida.

Sin duda por esto el pasante, estupe-

facto, encuentra muchos diseños de barcos en las páginas de los libros del alumno Maugendre.

Siempre la misma chalupa, reproducida



en todas las hojas con una obstinación insoportable.

Tan pronto el barco sube, escalando lentamente las márgenes del libro, como por un estrecho canal.

Tan pronto viene á varar en pleno teorema, salpicando las figuras geométricas intercaladas, y en los corolarios del texto.



Tan pronto navega á velas desplegadas sobre los océanos de los planisferios, en donde despliega con más libertad su velamen y hace flotar al viento su bandera.

El "Sr. Director," cansado de las denuncias que se le hacen con tal motivo,

acaba por hablar de ello al Sr. Maugendre, padre.

El carpintero no lo da importancia.

—¡Un muchacho tan dulce!

—Es testarudo como un asno.

—¡Tan inteligente!

—No se le puede hacer aprender nada.



Nadie quiere comprender que el alumno Maugendre ha aprendido á leer en pleno bosque, al lado de Clara, lo que no es la misma cosa que aprender geometría bajo la férula de un pasante hirsuto, con más pelos que un oso.

He aquí por qué el alumno Maugendre cae, desde la clase de los "medianos," hasta la clase de los "peores".



DESCRIPTION PHYSIQUE GÉNÉRALE

La belle mer rouge
El estrecho se abre a poca distancia de la boca del vasto triángulo. El mar es profundo entre los 37° de grado de latitud y los 35° de grado de longitud. Su anchura es de 20° de grado de longitud y su profundidad de 29700 metros.

Elle est limitée par la Méditerranée au N., l'océan Indien à l'E., l'océan Atlantique au S. (ancien détroit d'Hercule) et l'océan Indien à l'O. Elle est assez uniforme. On rencontre au N. dans l'océan Atlantique, le golfe de Guinée, qui forme un pont entre le Bénin et Biafra.

Trois détroits se trouvent dans l'océan Indien: le détroit de Gibraltar au N., le détroit de Mozambique au S. E. entre l'île de Madagascar et le continent, et le détroit de Malacca au S. E. à l'entrée de la mer Rouge.

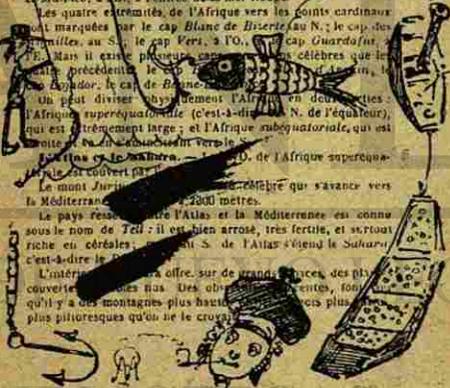
Les quatre extrémités de l'Afrique vers les points cardinaux sont marquées par le cap Blanc de Biscie au N.; le cap des Aiguilles au S. E.; le cap Vert, à l'O.; le cap Guardafui à l'E. Mais il existe plusieurs caps célèbres que le monde a précédemment le cap de Bonne-Espérance au S. E., le cap de la Pointe au N. E., le cap de la Pointe au S. E.

On peut diviser l'Afrique en deux parties: l'Afrique septentrionale (c'est-à-dire le N. de l'équateur), qui est très étendue; et l'Afrique méridionale, qui est plus étroite et se termine au cap de Bonne-Espérance.

Le mont Juris est le plus haut de l'Afrique septentrionale et est couvert par la neige pendant six mois de l'année. Le mont Juris est à 2200 mètres.

Le pays situé entre l'Atlas et la Méditerranée est connu sous le nom de Tell; il est bien arrosé, très fertile, et surtout riche en céréales. On trouve au S. de l'Atlas l'équivalent de l'Atlas c'est-à-dire le désert.

L'intérieur de l'Afrique offre, sur de grands espaces, des plaines couvertes de bœufs. Des éléphants, des rhinocéros, font qu'il y a des montagnes plus hautes que les Alpes, mais plus pittoresques qu'on ne le croit.



- 39 -

THEOREME

118. Les diagonales d'un losange se coupent à angle droits.

En effet, le triangle ABC est isocèle et AB = AC, donc (68) BE est perpendiculaire à AC.

Les diagonales AC et BE se coupent à angle droits, puisque un carré est la fois un rectangle et un losange.

Fig. 62.

LE DEUXIEME

DE LA CIRCONFERENCE ET DU CERCLE

120. Circonférence. La circonférence est une ligne courbe fermée dont tous les points sont également distants d'un point intérieur appelé centre. ABC est une circonférence, O est le centre.

121. Cercle. Le cercle est la surface renfermée par la circonférence. Telle est la surface limitée par la circonférence ABC. Pour ne pas confondre les mots cercle et circonférence, il faut se rappeler que le cercle est une surface et la circonférence une ligne.

122. Rayon. On appelle rayon toute droite qui va du centre à la circonférence. OA, OB sont des rayons (Fig. 63).

le naufrage de la tête Normande par Victor Maugendre

Hay una gran diferencia entre las lecciones del maestro de Corbigny y las lecciones de los "Sres. Profesores," de Nevers.



Toda la distancia que separa una enseñanza con gorra de piel de conejo, de una enseñanza con birrete de armiño. El padre Maugendre se desesperaba. Va sospechándose que el ingeniero del tricornio se aleja á pasos agigantados.

Reprende, suplica, promete.

— «¿Quieres estudios?

» «¿Quieres maestros?

» Te daré los mejores.



«Los más caros.»
Mientras tanto, el alumno Maugendre concluye por hacerse un haragán, y los «Boletines de notas trimestrales», hacen constar invariablemente su torpeza y su desaplicación.

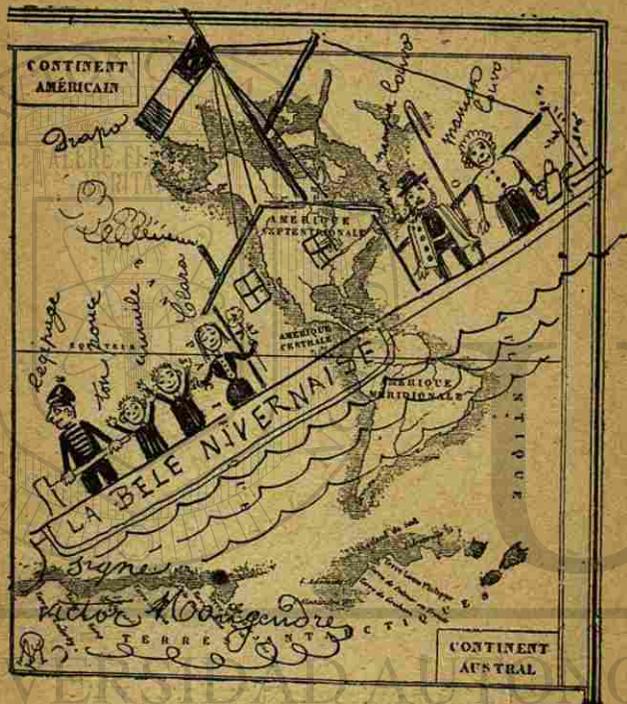
Él mismo tiene el convencimiento de su incapacidad.

Cada día se hunde más en la sombra y en la tristeza.



¡Si Clara y los otros pudieran ver lo que han hecho de su Víctor!

¡Seguramente que todos ellos vendrían corriendo á abrir las puertas de su prisión!



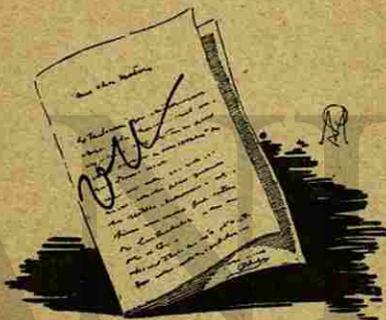
Unos y otros le ofrecerían con buena voluntad partir con él su último pedazo de pan, su sitio en el camarote.

Porque también ellos son desgraciados.

Sus negocios van de mal en peor.

El barco es cada vez más y más viejo.

Victor lo sabe por las cartas que reci-



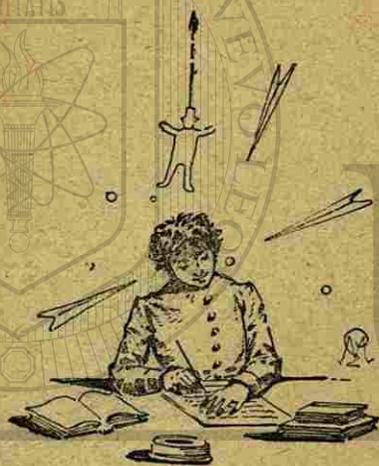
be de Clara, las cuales llegan de tarde en tarde señaladas con un «visto» enorme, furioso, garrapateado con lápiz encarnado por el «Sr. Director,» que aborrece y detesta estas correspondencias sospechosas.

«¡Ah! ¡Cuando tú estabas aquí!,»

Dicen las epístolas de Clara, siempre

tan tiernas, tan cariñosas, pero también cada vez más y más aflictivas.

“¡Ah! ¡Si tú estuvieras con nosotros!
 “No se podría decir que todo iba á



pedir de boca en aquel tiempo, y que todo se salvaría si volviera Víctor?,”

¡Ah!...

¡Pues bien!

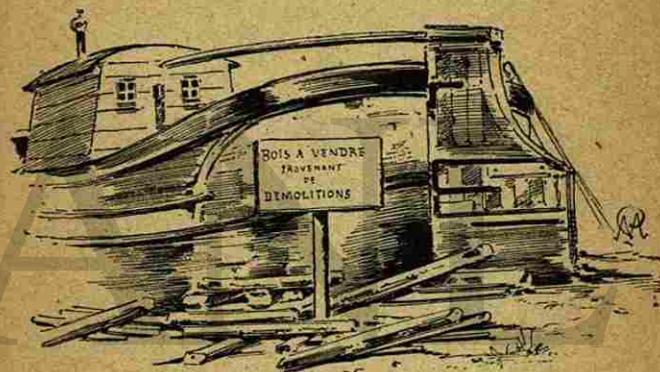
Víctor lo salvaría todo.

Comprará un barco nuevo.

Consolará á Clara.

Aumentará y prosperará el comercio.

Así les probará que no han amado á un ingrato, ni recogido en la mitad del arroyo un ser inútil.



Pero para esto es preciso llegar á ser hombre.

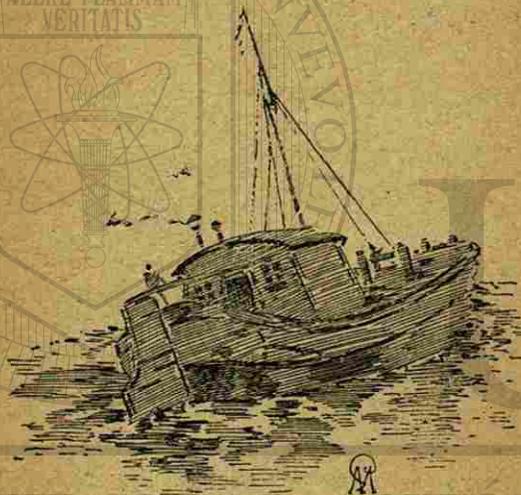
Es necesario ganar dinero.

Víctor abre los libros por el sitio de las lecciones.

Lo que es ahora, ya pueden volar flechas, ya puede el pasante golpear con

toda la fuerza de su brazo sobre la silla,
lanzando su frase de papagayo:

—Señores, un poco de silencio.



Víctor no levanta cabeza de sus libros.

Ya no dibujará más barcos.

No hace caso de las bolas de papel

masticado que se aplastan en su rostro.

Trabaja, trabaja...

Estudia, estudia...

¿Qué es ello?

—Una carta para el alumno Maugendre.

Es de Clara.



Bendice una y mil veces este querido recuerdo que viene á sorprenderle en pleno estudio, para alentarle y traerle un perfume de libertad y de cariño.

Víctor esconde la cabeza en su pupitre para besar aquellas líneas en ziszás, penosamente trazadas, temblando, como si un perpetuo cabeceo del barco balan-

cease la mesa sobre la cual Clara escribía.

¡Ay! no es el cabeceo del barco, es la emoción, el sufrimiento, lo que hace temblar la mano de Clara.

„¡Esto se acabó, mi querido Víctor.

„*La Bella Nivernesa* no navegará más.

„Ha muerto, muerto completamente.

„Su muerte es nuestra ruina.

„Se ha colocado un cartel negro en la popa.

„Un cartel que dice:

SE VENDE MADERA

PROCEDENTE DE DEMOLICIONES

„Han venido muchas gentes; lo han justipreciado todo; lo han numerado todo; desde el bichero de Tripulación hasta la cuna donde duerme la chiquitina.

„Lo van á vender todo; nos vamos á quedar sin nada.

„¿Qué va á ser de nosotros?

„Mamá es capaz de morirse de pena; y papá se encuentra tan cambiado...”



Víctor no concluyó de leer la carta. Las palabras danzaban ante sus ojos; su rostro ardía como brasas; un zumbido estrepitoso aturdió sus oídos.

¡Ah!

¡Qué lejos estaba ahora de pensar en sus estudios!

Aniquilado por el trabajo, por la pena y por la fiebre, deliraba.

Creía que marchaba á la deriva en pleno Sena, sobre el río encantador y fresco.

Quería mojar su frente en el agua de la orilla.

Después, oyó vagamente un sonido de campana.

Sin duda un remolcador que pasaba, oculto entre la niebla; luego, como un ruido de oleaje de corriente que se desborda.

Entonces gritó:

—¡La avenida, la avenida!

Acométele un temblor creyendo ver la sombra intensa que se acumula bajo el arco del puente.

Y en medio de todas estas visiones se le presenta, bajo la pantalla de la lámpara, resplandeciente de luz, la cara hirsuta y azorada del pasante.

—¿Estáis enfermo, Maugendre?

¡Ah, sí! el alumno Maugendre está muy enfermo.

El doctor mueve la larga melena gris que envuelve su cabeza, cuando el pobre

padre, que le acompaña hasta la puerta del colegio, le pregunta con voz ahogada por la angustia:

—No se morirá, ¿no es cierto?



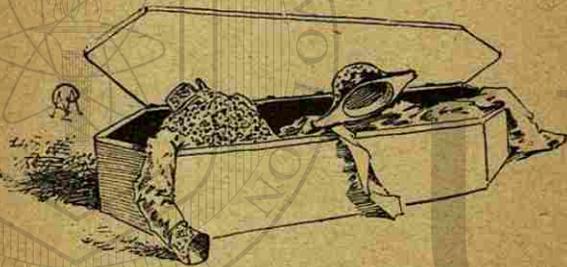
Bien se ve que el doctor no está tranquilo; su melena gris se agita sospechosamente.

Al fin contesta "no," con tibieza, como temiendo comprometerse demasiado.

Ya el carpintero no piensa en el uniforme verde ni en el tricornio galoneado.

Solamente se trata de impedir que el alumno Maugendre muera.

El doctor ha dicho claramente que ha-



rían bien en darle suelta, en llevarle al campo si se salvaba.

¡Si se salvaba!

La idea de perder al hijo que acaba de encontrar, destruyó los ambiciosos deseos del padre enriquecido.

¡Esto se acabó!

Para siempre renuncia á sus sueños; si, para siempre.

Está dispuesto á enterrar con sus propias manos aquella imagen fastuosa del alumno de la Escuela de Montes.

Será capaz hasta de clavar su ataúd, si es preciso.

No llevará luto por esa ilusión que tanto le sonreía.



Pero, al menos, que su hijo consienta en vivir.

Que le hable, que se levante, que le eche los brazos al cuello, y le diga:

—“Consuélate, padre mío.

„Ya estoy curado..”

El carpintero se inclinó sobre el lecho de Víctor.

Todo acabó.

El viejo árbol está herido hasta el corazón.

El alma de Maugendre rebosa ternura, nada más que ternura.

—“Te dejaré partir, hijito mío.

„Volverás con ellos, navegarás todavía.

„Y yo seré muy dichoso sólo con verte pasar algunas veces.”

Ya la campana no señala las horas de recreo, de refectorio, ni de estudio.

Hay vacaciones, y el gran colegio está desierto.

No se oye otro ruido que el del surtidor de agua en el patio principal del edificio y el de los gorriones, que pían bajo las arcadas de las galerías.

El rodar de algunos coches llega lejano y ensordecido, pues se ha cubierto de arena la calle.

En medio de este silencio y de esta soledad, el alumno Maugendre vuelve en sí después de muchos días de fiebre y de delirio.

Sorpréndese de hallarse en un lecho tan blanco y muelle, y rodeado de grandes colgaduras de percal, que hacen en

torno suyo un aislamiento de media luz y de paz.

Intenta levantarse sobre la almohada y separar un poco el cortinaje para ver dónde se encuentra.



Pero aun cuando disfruta de delicioso descanso, no se siente con fuerzas para nada.

Espera.

Algunas veces cuchichean cerca de él, en torno de su lecho.

Diríase que del suelo se eleva un ruido de pies que andan en puntillas, y al

propio tiempo un rumor que no le es desconocido; algo como el paseo de una escoba por el entarimado del piso.

Víctor ha oído ya este susurro continuado y monótono otras veces.

Pero, ¿dónde?

¡Ah, sí!

Sobre la cubierta de *La Bella Nivernesa*.

¡Eso es, eso es!

¡Allí es donde lo ha oído!

El enfermo, reuniendo todas sus fuerzas, dice con una voz débil, que él cree un vozarrón estentóreo:

—¡Eh! Tripulación, ¡eh!

Las cortinas se descorren, y en un deslumbramiento de luz ve á todos los seres queridos á quienes tantas veces ha llamado en sus horas de delirio.

¡A todos!

¡Sí, á todos!

Allí están Clara, Maugendre, el padre Louveau, "la mujer de seso", Milín, la chiquitina y el viejo Tripulación, flaco como su bichero, sonriendo desmesuradamente con su risa silenciosa.

Todos los brazos se tienden, todas las

cabezas se inclinan; allí hay besos para todo el mundo, sonrisas, apretones de manos y preguntas.

—¿Dónde estoy?

—¿Cómo estáis aquí?

Pero las órdenes del doctor eran severas.

Y no había que tomar á broma los mandatos de aquella terrible melena gris, siempre severa, desconfiada siempre.

Es preciso meter los brazos bajo las sábanas, callar, no excitarse.

Y para impedir al niño que hable, Maugendre sostiene la conversación charlando por todos juntos.

—“Figúrate que hace diez días... el día que tú caíste enfermo, venía justamente á visitar al Sr. Director para hablarle de ti.

„Me dijo que hacías progresos, que trabajabas como un negro...

„¡Juzga qué contento me pondría!

„Pido permiso para verte, para abrazarte.

„Se te manda á buscar, y he aquí que tu pasante cae en la habitación del Di-

rector como una bomba, pálido, tembloroso y aterrado.

„Acababas de tener un acceso de fiebre cerebral.

„Corro á la enfermería; no me recono-



ces; tenías los ojos como lumbres; estabas delirando.

„¡Ah, mi pobre hijito!

„¡Qué enfermo has estado!

„No te he abandonado ni un segundo.

„¡Qué modo de desatinar!...

„Hablabas de *La Bella Nivernesa*, de Clara, del barco nuevo.

„¡Qué sé yo de cuántas cosas!

„Entonces me acordé de la carta; sí, de la carta de Clara.

„La habían encontrado en tus manos



cuando perdiste el sentido, y me la entregó el pasante.

„Después, con tanta baraúnda, no me volví á acordar de ella.

„¿Comprendes?

„Echo mano al bolsillo, tiro de la carta, la leo, me doy un puñetazo en la cabeza, y me digo:

—„Maugendre, no está bien que tus penas te hagan olvidar así las penas de tus amigos.

„En el acto escribo á todas estas buenas gentes para que vengan á reunirse con nosotros.

„No tengo respuesta alguna.

„Aprovecho un día en que estás mejor para ir á buscarles; les traigo aquí, á mi casa, donde vivimos juntos, y donde vivirán hasta que se haya encontrado el medio de arreglar los negocios.

„¿No es verdad, Louveau?„

Todo el mundo tiene las lágrimas en los ojos, y... ¡por vida de!... tanto peor para la melena gris del doctor; los brazos de Víctor salen de entre las sábanas.

Y el enfermo abraza á Maugendre como éste no recuerda haber sido abrazado nunca.

¡Qué beso le da entonces!

Un verdadero beso de niño enternecido.

Después, como no es posible llevar á Víctor á casa, se ordena la vida de la mejor manera posible y á gusto de todos.

Clara se quedará al lado del enfermo para azucarar las tisanas y hacerle compañía.

La madre Louveau irá á cuidar de la casa.

Francisco vigilará una obra que el carpintero ha contratado en la Grande-Rue.

En cuanto á Maugendre, parte para Clamecy.

Va á ver á algunos amigos que tienen una gran contrata de arrastre de madera.

Aquellas gentes se darán por contentas de emplear á un hábil marinero como Louveau.

¡No, no!

Nada de recriminaciones, nada de resistencia.

Negocio hecho, asunto terminado.

En verdad que no es Víctor quien recrimina.

A los pocos días se levanta, y le conducen en su gran sillón de ruedas al lado de la ventana.

Está solo con Clara en la silenciosa enfermería

Víctor se halla enajenado.
Bendice su enfermedad, bendice la
venta de *La Bella Nivernesa*...

Bendice todas las ventas y todas las
enfermedades del mundo.

—¿Te acuerdas, Clara, cuando yo ma-
nejaba el timón? ¿Cuando tú venías á
sentarte á mi lado con tu labor?

Clara se acuerda tan perfectamente
bien, que baja los ojos, enrojece y...

¿Por qué se quedan los dos tan con-
fusos?

Porque ya no es el pequeñuelo aquel
con su gorrilla encarnada, cuyos pies
no tocaban la cubierta cuando trepaba
por la barra del timón, á horcajadas.

Y ella, cuando llega por la mañana y
se quita su pequeño chal para arrojarle
sobre el lecho, tiene el aire de una ver-
dadera mujercita, tan redondos son ya
los brazos, que cubren las mangas del
vestido, y tan gentil y palpitante su talle.

—Ven temprano, Clara, y acompaña-
me hasta lo más tarde posible.

¡Es tan agradable almorzar y comer á
dúo, cerca de la ventana y al amparo de
los visillos blancos!

Recuerdan los primeros días de su ni-
ñez, las sopas comidas al borde del le-
cho, con la misma cuchara.

¡Ah! ¡Los recuerdos de la infancia!



Revolotean en la enfermería del cole-
gio como pájaros en la jaula.

Sin duda han hecho allí también su ni-
do entre los pliegues de los cortinajes,
pues cada mañana aquellos adorables
recuerdos surgen alegres y alados para

ir á posarse invariablemente en el alma de los dos jóvenes.

Cualquiera diría, oyendo estas conversaciones del pasado, que eran un par de octogenarios, que no miraban más que detrás de ellos y á tiempos muy remotos.



¿Pero es que, en efecto, no había para ellos un porvenir más alegre, más interesante y dichoso?

Sí: hay un porvenir, y piensan en él muy á menudo, aunque jamás le nombran.

Además, no es necesario hacer frases para hablar.

Cierto modo de darse la mano y de ruborizarse por cualquier cosa, dicen más que las palabras.

Víctor y Clara hablan en este idioma todo el día.



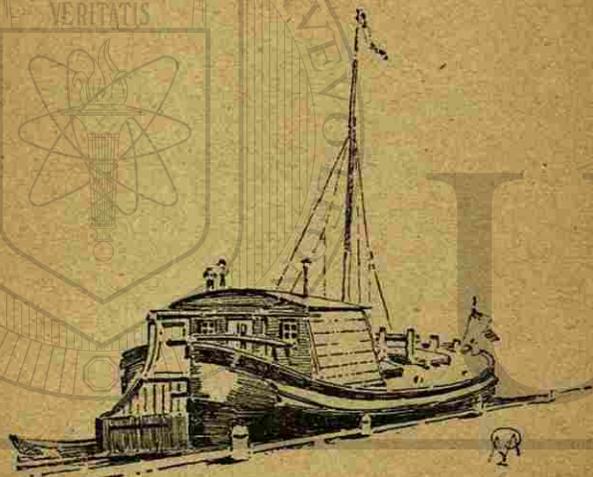
Quizá por esta razón se pasan la mayor parte del tiempo silenciosos.

Acaso por esto también los días corren tan de prisa, que se desliza un mes sin hacer ruido, sin que ellos lo sientan.

Así es que el doctor se ve en la preci-

sión de encrespase los cabellos de su melena gris y de poner á su enfermo á la puerta de la enfermería.

Precisamente en esta época el padre Maugendre regresa de su viaje.



Encuentra á todo el mundo reunido en la casa.

El pobre Louveau, todo inquieto, le pregunta:

—Y bien; ¿me admiten allá abajo?
Maugendre no puede tenerse de risa.

—“Si; te admiten, viejo mío.

„Les hace falta un patrón para un nuevo barco, y me han agradecido mucho el favor que les he hecho recoméndándote.



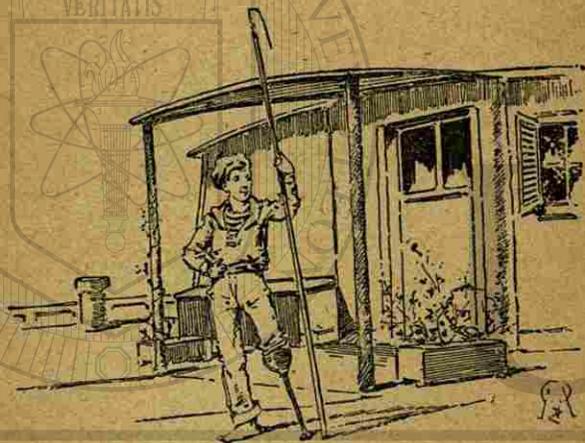
—Pero ¿quiénes son?

El padre Louveau está tan satisfecho y alegre que no insiste en sus preguntas.

Todos se pusieron en marcha para Clamecy, sin saber á punto cierto de qué colocación se trataba.

¡Qué alegría cuando llegan á la orilla del cañal!

Allí, en el muelle, empavesado de alto á abajo, un magnífico barco, flamante,



nuevo, levanta su mástil barnizado en medio del verdor del paisaje.

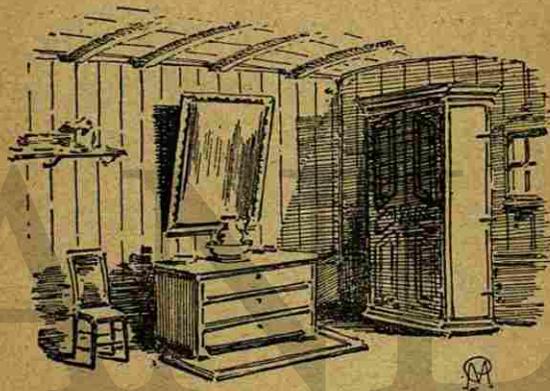
Le están concluyendo de charolar, y el codaste, donde está escrito el nombre de la embarcación, se halla cubierto provisionalmente de una tela oscura.

Sale un grito de todos los labios:

—¡Ah! ¡Qué hermoso buque!

Louveau no da crédito á sus ojos.

Tiene una emoción de todos los diablos, que le picotea los párpados, le hace abrir



un palmo de boca y bailar á sus pendientes.

—“¡Es muy hermoso!

„No me atrevería jamás á mandar un barco como ése.

„¡Si no parece para echarlo al agua!

„Merece más bien colocarlo bajo un fanal.”

Es preciso que Maugendre le empuje á viva fuerza sobre el puente, desde donde Tripulación le hace señas.

¡Cómo!

¿También Tripulación está restaurado?

Restaurado, carenado y calafateado de nuevo.



Tiene un bichero y una pata de palo recién hechos.

Es una buena ocurrencia del constructor; se conoce que es hombre entendido, que sabe hacer bien las cosas.

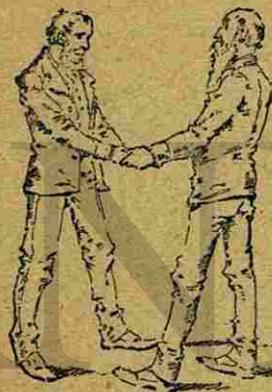
Veamos el barco pronto.

La cubierta es de madera encerada, cercada de una balaustrada.

Hay un banco para sentarse y una tienda para abrigarse del viento y de la lluvia.

La cala tiene cabida para llevar doble cargamento que *La Bella Nivernes*.

¿Y el camarote?



¡Ah! ¡El camarote!

— ¡Tres habitaciones!

— ¡Una cocina!

— ¡Espejos!

Louveau arrastra á Maugendre sobre el puente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Está conmovido, agitado por la emoción.

Tartamudea.

—Mi viejo Maugendre...

—¿Qué hay?

—Te has olvidado de una cosa.

—Veamos.

—No me has dicho por cuenta de quién voy á navegar.

—¿Lo quieres saber?

—¡Diantre! ¡Ya lo creo!

—Pues bien; navegas... por tu cuenta.

—¡Cómo! Pero entonces el barco...

—Es tuyo.

¡Qué golpe, santo cielo!

¡Qué abordaje en medio del pecho!

Felizmente el constructor, que es un hombre entendido, ha tenido la feliz idea de poner un banco sobre el puente.

Louveau cae en él, atontado, como si le hubieran dado un golpe en la cabeza.

—No es posible... no lo puedo aceptar.

Pero Maugendre tiene respuesta para todo.

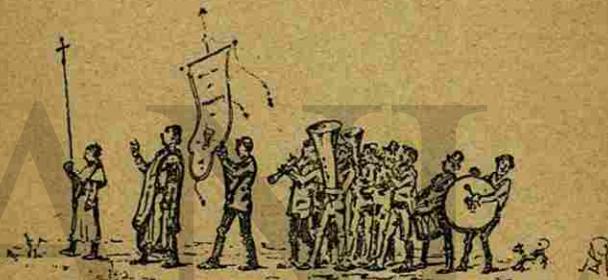
—“¿Esas tenemos?

„¡Olvidas nuestra antigua deuda, los sacrificios que has hecho por mí Víctor!

„Vive tranquilo Francisco; todavía soy yo quien te debe á ti, y mucho más de lo que crees.”

Y los dos compañeros se abrazan como dos hermanos.

Esta vez uno y otro han llorado.



Decididamente, Maugendre lo ha dispuesto y arreglado todo para que la sorpresa sea completa; pues en tanto que se abrazan sobre el puente, ved al señor cura que desemboca por el bosque, con el estandarte al viento, y precedido de una banda de música.

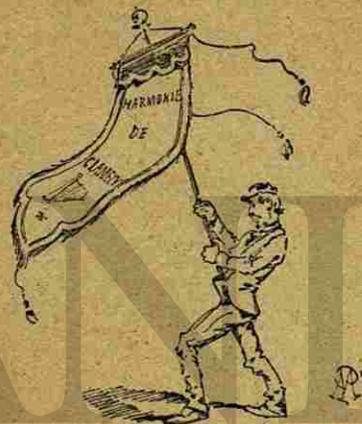
¿Todavía más?

¿Qué significa esto?
 ¡Pardiez! La bendición del barco.
 Todo Clamecy ha venido en procesión
 para asistir á la fiesta.
 El estandarte flota al viento.



La música toca.
 ¡Chin!... ¡Chin!...
 ¡Bom!... ¡Bom!...
 Y las caras están alegres y risueñas.
 Hay, sobre todo, allí un sol que hace
 flamear la plata de la cruz y el cobre de
 los instrumentos de la música.

¡Qué linda fiesta!
 Acaban de descorrer la tela oscura que
 cubría el codaste.
 El nombre del barco se destaca en



grandes y hermosas letras de oro, sobre
 fondo azul.

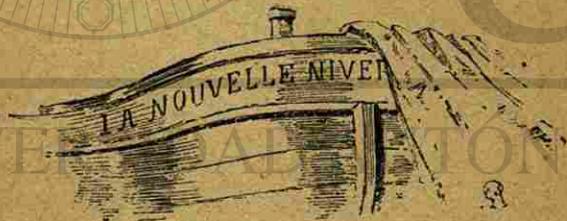
La Nueva Nivernesá. ®

¡Hurra!...
 ¡Hurra por *La Nueva Nivernesá!* -

¡Que tenga, como la antigua, una larga existencia y más dichosa vejez!



El señor cura se aproxima al barco.
Detrás de él los cantores y los músicos,
ordenados en una sola línea.



El estandarte descende.
— *Benedicat Deus...*

Víctor es el padrino y Clara la madrina.

El señor cura les manda avanzar al borde del muelle, haciendo que se coloquen junto a él.

Están cogidos de las manos, tímidos y temblorosos.



Balbucean, equivocándolas, las frases que el niño de coro les apunta en voz baja, en tanto que el señor cura sacude el hisopo sobre ellos.

— *Benedicat Deus...*

Parecen una pareja de desposados.

¡Qué lindos! ¡Parecen haber nacido el uno para el otro!

Este pensamiento asalta á cuantos se encuentran en la fiesta.

Acaso se le ha ocurrido á Clara también, porque no se atreve á mirar, ni levanta los ojos del suelo, y tiembla más y más á medida que la ceremonia avanza.

Ya ha concluido.



La multitud se retira, y *La Nueva Nivernesa* queda bendita.

Pero no se puede dejar partir á los músicos como si tal cosa, sin darles de refrescar.

Y en tanto que Louveau echa un trago

con ellos, Maugendre guiña el ojo á la madre Louveau, coge la mano del padrino y la de la madrina, y, volviéndose al señor cura, exclama:

—Ya se concluyó el bautismo, señor cura; ¿qué día es la boda?



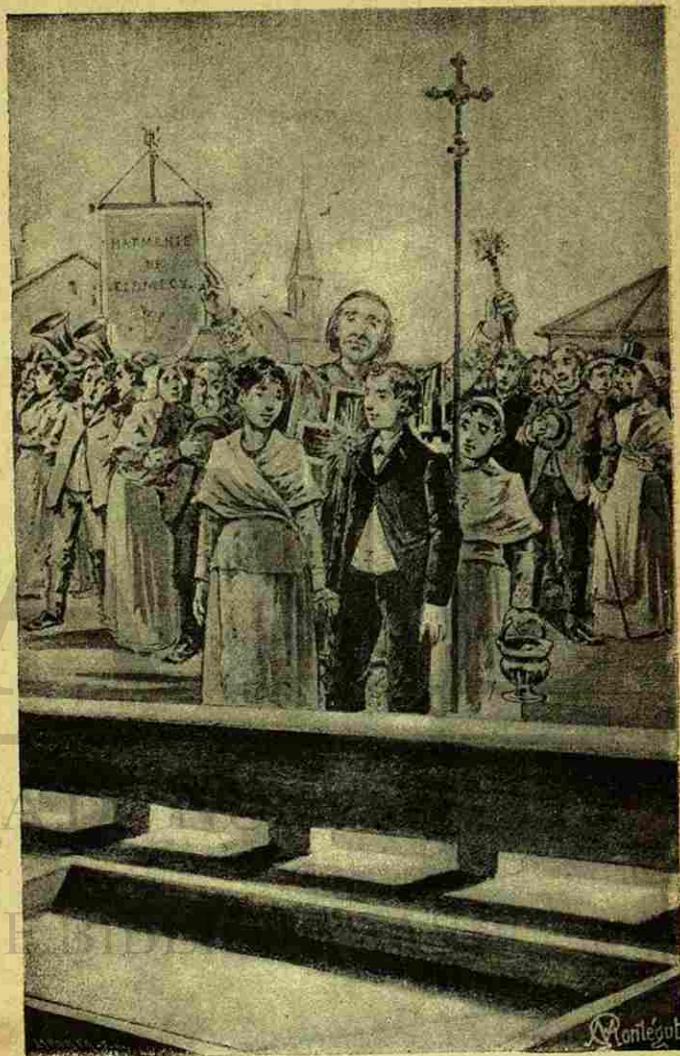
Victor y Clara enrojecen, como dos amapolas.

Millín y la chiquitina baten palmas.

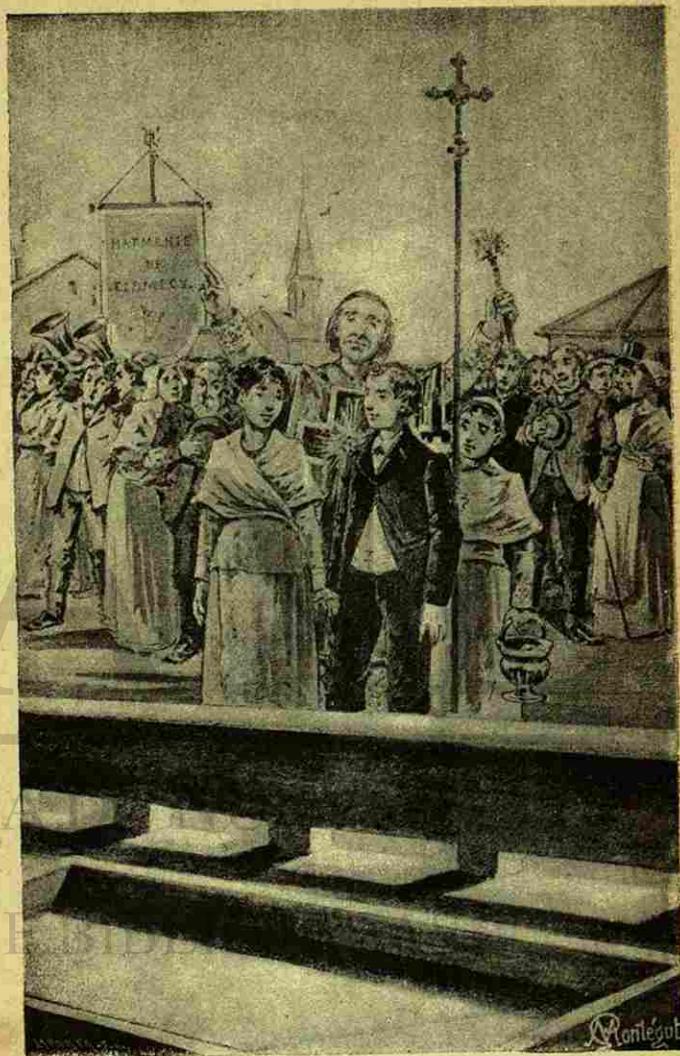
Y en medio del entusiasmo general, el padre Louveau, algo alumbrado, se inclina sobre el hombro de su hija, y riendo hasta las orejas, celebrándose por anticipado su propio chiste, el honrado marinero dice con tono burlón:

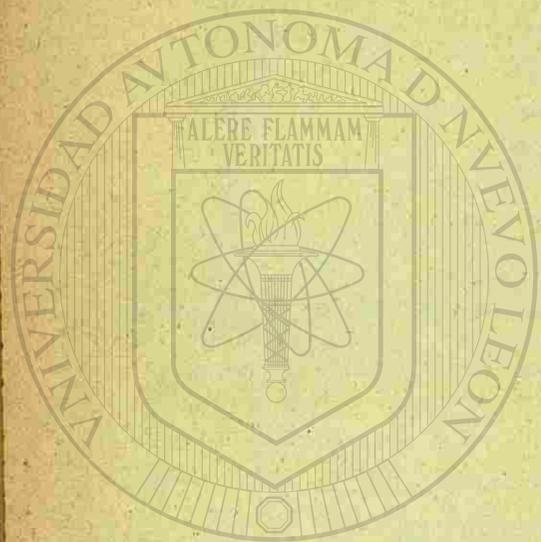
UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO HEYES"
Moto 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Qué te parece, Clara? ¿Habrá llegado
el instante de que llevemos á Victor á
casa del Comisario?



—¿Qué te parece, Clara? ¿Habrá llegado
el instante de que llevemos á Victor á
casa del Comisario?



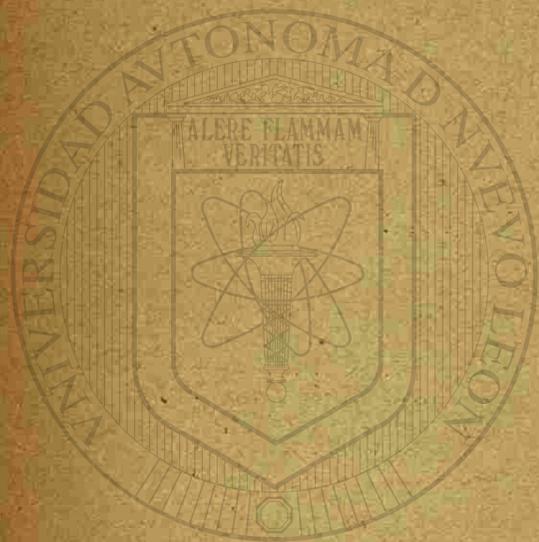


ÍNDICE

	PÁGINAS.
I.—Una corazonada.....	7
II.—La Bella Nivernesa.....	51
III.—En marcha.....	69
IV.—La vida es ruda.....	101
V.—Las ambiciones de Maugendre.....	145

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

COLECCION JUBERA

OBRAS PUBLICADAS

VOLUMEN I

4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.



ROBERTO HELMONT ®

DIARIO DE UN SOLITARIO

POR A. DAUDET

Ilustrado con más de 100 fotografados y 15 cromotipias.

COLECCION JUBERA

VOLUMEN II

3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.



Treinta años de París

Á TRAVÉS DE MI VIDA Y DE MIS LIBROS

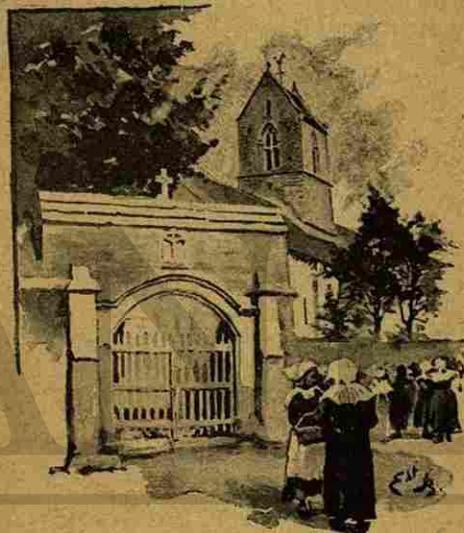
POR A. DAUDET

Edición ilustrada con 118 grabados tirados en diversos colores.

COLECCION JUBERA

VOLUMEN III

3 50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado á la inglesa.



RECUERDOS DE UN HOMBRE DE LETRAS

POR A. DAUDET

Edición ilustrada con 98 grabados á varias tintas.

COLECCION JUBERA

VOLUMEN IV

4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.



La lucha por la existencia

DRAMA EN CINCO ACTOS Y SEIS CUADROS
POR A. DAUDET

Edición ilustrada con 12 grabados á varias tintas, ocho heliotipias y cubierta al cromo, de P. Carcedo

COLECCIÓN JUBERA

VOLUMEN V

3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.



Mujeres de Artistas

POR A. DAUDET

Edición ilustrada con 100 fotograbados y una elegante cubierta al cromo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

COLECCION JUBERA

VOLUMEN VI

5 pesetas en rústica y 6 encuadernado en piel á la Inglesa.



URANIA

POR C. FLAMMARION

Edición ilustrada con 91 fotograbados y una elegante cubierta al cromo.

MIGUEL MOYA

ORADORES POLÍTICOS

(Perfiles.)



Un tomo en 8.º de 264 páginas, con veinte retratos fotograbados de Laporta y un dibujo de D Manuel Domínguez,

5 pesetas.

NICANOR REY DÍAZ

HIERRO Y FUEGO

(POESÍAS)

Un tomo en 8.º de 276 páginas, **3 pesetas.**

OCTAVIO FEUILLET

HONOR DE ARTISTA

Versión castellana.

Un tomo en 8.º, **3 pesetas.**

JORGE OHNET

ULTIMO AMOR

Versión castellana.

Un tomo en 8.º, **3,50 pesetas.**

BIBLIOTECA ILUSTRADA

CIENTÍFICA Y LITERARIA

Obras publicadas:

	<i>Pts.</i>
A. Laurie. Los desterrados de la Tierra, primer cuaderno.....	1
Los desterrados de la Tierra, segundo cuaderno.....	1
Los desterrados de la Tierra, tercer cuaderno.....	1
Los desterrados de la Tierra, cuarto cuaderno.....	1
A. Daudet. Cuentos escogidos para la Juventud, primer cuaderno.....	1
Cuentos escogidos para la Juventud, segundo cuaderno.....	1
Cuentos escogidos para la Juventud; Tartarin de Tarascon, tercer cuaderno.....	1
H. Malot. Román Kalbris, primer cuaderno.....	1
Román Kalbris, segundo cuaderno.....	1
Benedict. La Madona de Guido Reni, primer cuaderno.....	1
La Madona de Guido Reni, segundo cuaderno.....	1
La Madona de Guido Reni, tercer cuaderno.....	1
E. Legouvé. Nuestros hijos, primer cuaderno.....	1
Nuestros hijos, segundo cuaderno.....	1
Stevenson. La Isla del Tesoro, primer cuaderno.....	1
La Isla del Tesoro, segundo cuaderno.....	1
J. Sandeau. La Roca de las Gaviotas, primer cuaderno.....	1
La Roca de las Gaviotas, segundo cuaderno.....	1
A. Laurie. De New-Kork a Brest en siete horas, primer cuaderno.....	1
De New-Kork a Brest en siete horas, segundo cuaderno.....	1
A. Daudet. Roberto Helmont, primer cuaderno.....	1
Roberto Helmont, segundo cuaderno.....	1
C. Dickens y W. Collins. El Abismo, cuaderno único.....	1
A. Daudet. Treinta años de París, primer cuaderno.....	1
Treinta años de París, segundo cuaderno.....	1
A. Daudet. Recuerdos de un hombre de letras, primer cuaderno.....	1
Recuerdos de un hombre de letras, segundo cuaderno.....	1
A. Dumas. Historia de un cascanueces, primer cuaderno.....	1
Historia de un cascanueces, segundo cuaderno.....	1
H. Malot. Sin familia, primer cuaderno.....	1
Sin familia, segundo cuaderno.....	1
Sin familia, tercer cuaderno.....	1
Sin familia, cuarto cuaderno.....	1

Teniendo en preparación otras obras de tan notables autores como A. Laurie, A. Daudet, Stevenson, Benedict, Malot, E. Legouvé, etc., etc.

BIBLIOTECA SELECTA CONTEMPORANEA

Obras publicadas:

Pts.

J. Claretie. Los Millones, un tomo.....	2
A. Saullère. La Pecadora, un tomo.....	2
J. Peyrebrune. La señorita de Tremor, un tomo.....	2
A. Ghislanzoni. Emilia Redenti (historia de una prima donna), un tomo.....	2
J. Mary. Un casamiento á viva fuerza, un tomo.....	2
— Los Amores en París, un tomo.....	2
— El Beso, un tomo.....	2
— Un casamiento extraño, un tomo.....	2
— La Charca de las Corzas, un tomo.....	2
— La prórroga, un tomo.....	2
— Honor por honor, un tomo.....	2
— Roger Laroque, un tomo.....	2
— Madre culpable, un tomo.....	2
— ¡A pesar de todo! un tomo.....	2
— El Secreto de Ronquín, un tomo.....	2
— Yo te amo.....	2
C. Merouvel. El Divorcio de la Condesa, un tomo.....	2
— Teresa Valignat, un tomo.....	2
— La Rosa de los Mercados, un tomo.....	2
— Corazón de oro, un tomo.....	2
M. Lara. El señor de Pérez, un tomo.....	2
C. Coello. Cuentos inverosímiles, un tomo.....	2

Teniendo en preparación otras obras, que anunciaremos oportunamente.

LA ESPAÑA MODERNA

Revista ibero-americana.

Cada número forma un grueso volumen en 4.º mayor, que se vende suelto á

Doce reales.

La redacción de esta REVISTA la constituyen los siguientes escritores: **Barrantes, Campoamor, Cánovas, Castelar, Clarin, Echegaray, Galdós, Menéndez y Pelayo, Pardo Bazán, Palacio Valdés, Pi Margall y Valera**, con los que alternarán, en concepto de colaboradores, los primeros publicistas españoles.

Precios de suscripción, pagando por adelantado:

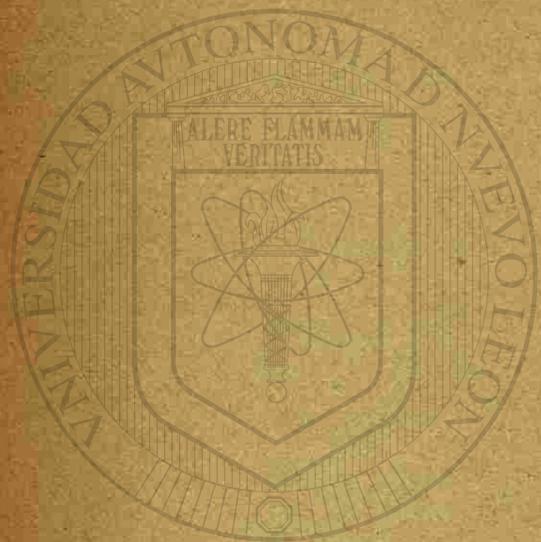
En España, seis meses, *diecisiete pesetas*; un año, *treinta pesetas*.—En las demás naciones europeas, un año, *cuarenta francos*.—En las posesiones españolas, un año, *cuarenta pesetas oro*.—En América, un año, *cincuenta pesetas oro*.

Todas las suscripciones deben comenzar en Enero de cada año.

Se remiten números de muestra gratis á quien los pida.

Hay colecciones encuadernadas de 1883, primer año de publicación, á *seis duros* cada una.

Envíense los *seis duros* que importa la suscripción por todo el año 1890 al Administrador de LA ESPAÑA MODERNA, Serrano, 68, Madrid.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

